

EL CASTILLO DE LA MORGUE

SILVER KANE

… ahora el ataúd estaba allí. Era tan viejo como le habían dicho. Y era también una auténtica obra de arte, una pieza de museo que causaba admiración y al mismo tiempo horror.

Estaba construido con ébano y plata, es decir, con elementos perdurables. Su valor debía resultar asombroso. Pero no era el ataúd lo que impresionaba a la muchacha, sino lo que podía haber dentro.

Ahora ya creía cualquier cosa.

Puesto que la habitación oblonga existía, puesto que el ataúd estaba allí, no había razón alguna para que el resto no fuese verdad. No había razón alguna para que dentro no estuviese uno de los descendientes de Drácula.

Pero se daba cuenta de que todo aquello era irreal. Dentro del ataúd no podía haber nada. La leyenda tenía que ser falsa. Lo que le habían dicho en Londres tiempo atrás, tenía que ser mentira.

Y de pronto, se detuvo.

Sus ojos, que miraban fijamente la siniestra caja, se le estaban saliendo de las órbitas.

Porque la tapa del ataúd… ¡se alzaba!

Porque una mano estaba apareciendo por su borde.

¡Una mano con un anillo negro!

Estrella Farrow se llevó las manos a la boca.

Era incapaz hasta de gritar.

Sus facciones se desencajaban.

La tapa chirrió al alzarse.

La cara… ¡la cara apareció entonces ante sus ojos!

¡Y los ropajes negros!

¡Y sobre todo aquella mirada del otro mundo!

La tapa volvió a chirriar.

Ahora el ataúd se había abierto del todo y la figura se alzaba poco a poco, mirando hipnóticamente a Estrella Farrow.



Silver Kane

El Castillo de la Morgue

Bolsilibros: Selección Terror - 43

ePub r1.1

Titivillus 30.12.16

Título original: *El Castillo de la Morgue*
Silver Kane, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

La puerta claveteada se abrió con un quejido quejumbroso.

Daba la sensación de que no se había abierto en muchos años, porque las telarañas se pegaban a ella. Formaban una masa viscosa y densa. No había en ella ni una sola araña, pero sus telas paseaban por encima de las paredes y cubrían casi enteramente la puerta. Estrella Farrow tuvo la sensación de que aquello llevaba cuarenta años sin abrirse, quizá desde que su padre compró aquel castillo, o incluso antes.

Un silencio espeso la envolvía.

El aire sobrecargado por los largos años de inmovilidad parecía el aire de una tumba. Y en realidad lo era, puesto que entre una tumba y aquello no había ninguna diferencia. La habitación empezó a descubrirle sus secretos por medio de aquella atmósfera irrespirable, hostil, en la que ya parecía contenerse una amenaza de ultratumba.

Estrella Farrow avanzó dos pasos.

Su mano derecha temblaba.

El hachón que llevaba en ella, como único sistema de iluminación —pues la electricidad no llegaba hasta los sótanos del castillo— tembló también. En la habitación situada más allá se produjo una serie de reflejos espectrales.

La muchacha apretó los dientes con tanta fuerza que hasta llegó a sentir dolor en el cerebro.

Se arrepentía mil veces de haber iniciado aquella aventura. Se arrepentía, sobre todo, de haber cedido a la tentación de bajar a las mazmorras, donde estaba el cuarto oblongo. El cuarto se llamaba así, sin duda, porque tenía forma oblonga, cosa que se podía notar en seguida a la luz siniestra del hachón. Sus paredes desnudas también estaban cubiertas de telarañas, aunque por éstas sí que se paseaban unos insectos gordos y satisfechos como cangrejos, unas

arañas enormes que producían un escalofrío a flor de piel.

Llevaban quizá cuarenta años encerradas allí. Se habían ido reproduciendo generación tras generación, alimentándose quizá las unas con las otras. Al verlas se tenían náuseas, pero Estrella Farrow sabía que por allí no iba a venirle ningún peligro. Fuera de la sensación de asco, pocas molestias iba a causarle una araña.

Lo que le impresionaba era el ataúd.

Jamás creyó que en realidad existiera. Nunca pensó que lo que le habían advertido en Londres fuese cierto.

Para ella, se había tratado siempre de una imaginación, de una fantasía urdida por una mente enferma.

Y sin embargo, ahora el ataúd estaba allí. Era tan viejo como le habían dicho. Y era también una auténtica obra de arte, una pieza de museo que causaba admiración y al mismo tiempo horror.

Estaba construido con ébano y plata, es decir, con elementos perdurables. Su valor debía resultar asombroso. Pero no era el ataúd lo que impresionaba a la muchacha, sino lo que podía haber dentro.

Ahora ya creía cualquier cosa.

Puesto que la habitación oblonga existía, puesto que el ataúd estaba allí, no había razón alguna para que el resto no fuese verdad. No había razón alguna para que dentro no estuviese uno de los descendientes de Drácula.

Los ojos de Estrella Farrow se desencajaron.

No era capaz de dar un paso más. Le pareció que la habitación se llenaba de reflejos tétricos, reflejos que avanzaban poco a poco hacia ella.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

Tardó en darse cuenta de que los reflejos eran causados por la llama de su propio hachón, la cual temblaba al temblarle la mano tan espasmódicamente. La dejó entonces en el suelo y avanzó hacia el ataúd.

Una fuerza ajena parecía guiarla. Una voz que surgía de no se sabía dónde, la llevaba hacia allí y conducía sus pasos.

Miraba hacia el ataúd como si estuviera hipnotizada.

Era igual que si hubiese perdido la conciencia de sí misma.

Pero se daba cuenta de que todo aquello era irreal. Dentro del ataúd no podía haber nada. La leyenda tenía que ser falsa. Lo que le

habían dicho en Londres tiempo atrás, tenía que ser mentira.

Y de pronto, se detuvo.

Sus ojos, que miraban fijamente la siniestra caja, se le estaban saliendo de las órbitas.

Porque la tapa del ataúd… ¡se alzaba!

Porque una mano estaba apareciendo por su borde.

¡Una mano con un anillo negro!

Estrella Farrow se llevó las manos a la boca.

Era incapaz hasta de gritar.

Sus facciones se desencajaban.

La tapa chirrió al alzarse.

La cara… ¡la cara apareció entonces ante sus ojos!

¡Y los ropajes negros!

¡Y sobre todo aquella mirada del otro mundo!

La tapa volvió a chirriar.

Ahora el ataúd se había abierto del todo y la figura se alzaba poco a poco, mirando hipnóticamente a Estrella Farrow.

Ésta retrocedió dos pasos.

No se dio cuenta de que iba a poner los pies en el sitio donde ardía la llama del hachón. No supo ver que se acercaba a su propia muerte.

En aquel momento su cerebro no pensaba. Sus sentidos estaban embotados. Para ella no existía más que aquella figura del otro mundo, aquella expresión hipnótica, aquellas manos que poco a poco se alzaban hasta su cuello…

Era una visión del más allá, era algo en lo que no podía creer.

Y sin embargo, le habían advertido. Su propio padre, después de morir, la puso en guardia. Aquella tarde en Londres le dijeron que no se acercara al horror que desde tiempo inmemorial palpitaba en el castillo.

Y ella no había hecho caso de la advertencia. Por eso estaba allí.

Retrocediendo hacia las llamas de las que se había olvidado. Retrocediendo hacia su propia muerte.

Chilló… Chilló desesperadamente cuando aquella figura alta y siniestra salía poco a poco del ataúd.

Pero nadie la oyó. Los ecos de sus gritos retumbaron en la cripta del castillo y allí se perdieron como se pierden las voces en las tumbas.

Mejor hubiera sido para Estrella hacer caso de la amenaza cuando le hablaron de ella por primera vez.

Cuando oyó la voz de su propio padre después de muerto.

Aquella tarde lluviosa, en Londres, cuando todo empezó…

CAPÍTULO PRIMERO

La lluvia repiqueteaba suavemente sobre los cristales emplomados de la ventana, que parecían los de un castillo o una catedral de la Edad Media. De no ser porque a veces se filtraba el ruido de los autobuses y de los numerosos automóviles que desfilaban Strand abajo, en dirección a Trafalgar Square, nadie hubiera sospechado que aquella reunión tenía lugar en pleno corazón de Londres. Por el ambiente opresivo y silencioso, por la lluvia mansa y un poco siniestra de aquella tarde, por la luz gris, cualquiera hubiese dicho que la reunión tenía lugar en la sala principal de un castillo de Transilvania.

Y de un castillo de Transilvania se estaba tratando allí, aunque nadie lo hubiera visto nunca. Para la propia Estrella Farrow aquello sonaba un poco a irreal, aunque ella fuera la propia interesada en creerlo.

Sus ojos levemente temerosos pasearon por la decoración en madera del lujoso despacho. Todo aquello, desde los relieves en caoba a los cuadros color humo, daba a aquella habitación un aspecto de estar fuera del tiempo, de no tener edad. Incluso la voz campanuda del notario parecía venir desde el fondo de otra época.

—Señorita Estrella Farrow, está usted atenta a cuanto le digo, supongo —musitó—. Creo que le interesa mucho.

Ella volvió la cabeza hacia el notario, cuya calva brillaba como una bola de billar un poco siniestra. Lamentaba haberse distraído, pero lamentaba aún más que todos se hubieran dado cuenta.

—Sí, señor Cronwell —dijo—. Estoy atenta.

—Decía que su señor padre, lord Farrow, hoy difunto, la nombró a usted heredera universal de sus bienes. Ello no constituye ninguna sorpresa para usted, porque imagino que ya lo sabía. Debieron hablar de eso bastantes veces.

—Sí, señor Cronwell.

—Pues bien —continuó el notario, después de carraspear un par de veces—. Esos bienes, cuya relación tengo a la vista en el correspondiente inventario, consisten en la casa de Pall Mall, que está valorada en un cuarto de millón de libras. Ésa es la única posesión inmobiliaria a excepción de la que luego relacionaré. Por otra parte, existen acciones industriales varias por valor de doscientas mil libras y depósitos en Bancos ingleses que ascienden a ocho mil novecientas libras con veinticinco chelines en total. Eso, junto con los muebles situados en la casa de Pall Mall, forman el total de la herencia.

Luego volvió a carraspear.

Todos los que estaban allí le imitaron, como si se sintieran embarazados por aquella situación, por aquella lluvia mansa, por la actitud de la propia Estrella Farrow, que no parecía haber prestado atención a las palabras del notario, como si le interesaran más los ruidos del gran Londres que llegaban a través de los cristales emplomados…

El notario repitió en parte sus palabras.

—Forman el total de la herencia —dijo—, a excepción del bien inmueble que a continuación relacionaré.

La muchacha bisbiseó:

—¿Qué inmueble?

Estaba deliciosa así, vestida de luto, habiendo cruzado sus largas y flexibles piernas, sin preocuparse demasiado de que su falda fuera cortita. Estaba tan deliciosa que hasta el notario, que había dejado ya muy atrás la edad de las pasiones, tuvo un relampagueo en los ojos.

—Señorita Farrow —dijo—, supongo que su padre se lo mencionó alguna vez.

—Sólo me dijo que tenía una residencia en la zona de Cornualles, pero jamás fue a ella, que yo sepa.

—Pues era esa misma. Justamente esa misma. La residencia de Cornualles, desde la que se ve el mar, se llama el Castillo de la Morgue.

La muchacha sintió un estremecimiento.

Y no le faltaban motivos.

—El Castillo de la Morgue —dijo—. Menudo nombrecito.

Le parecía de repente que la lluvia que repiqueteaba en los

cristales se había hecho más intensa y que su sonido era más agorero, como si presagiara una desgracia que estaba aguardando desde el fondo del tiempo.

—Esa denominación tiene una lógica —aclaró el notario—. En efecto, la Morgue es el depósito de cadáveres, como todos sabemos bien. Pero en la edad de la erección de ese castillo, en la Baja Edad Media, tuvo precisamente esa finalidad. Los condenados a muerte eran llevados allí y ejecutados. Sus cuerpos eran luego expuestos durante largas temporadas, lo que teniendo en cuenta la falta de higiene de aquella época no resulta nada extraño, y así venían luego tantas enfermedades que asolaban poblaciones enteras. Pero… ¡ejem!… Yo no quería hablar de eso. Quería mencionarle solamente que la razón del nombre es precisamente el macabro destino que al castillo se le daba.

—Entonces, ¿por qué lo compró mi padre? —Preguntó la muchacha—. No entiendo cómo pudo gustarle…

—Muy sencillo. Yo conocía un poco a su padre, señorita Farrow, y creo que lo adquirió por su magnífica situación, a dos pasos de las costas desoladas de Cornualles. Desde sus ventanas, según me explicó un día, el espectáculo del mar embravecido era cautivador y magnífico. Entonces el padre de usted era muy joven y quizá un poco romántico, pero tenía sentido de los negocios. Comprendió que dentro de algunos años se produciría el fenómeno mundial del turismo de masas y que un castillo con tan envidiable situación podía transformarse en una residencia que daría dinero todo el año. El caso es que lo compró. De un modo u otro, ahora resultaría inútil analizar las causas por las cuales lo hizo.

Estrella cerró un momento los ojos.

¿Por qué la dominaba aquella oscura sensación del más allá? ¿Por qué sentía como si la lluvia resonara dentro de su cabeza?

—Bien —dijo—. ¿Y ese castillo es ahora mío?

—Sí, señorita Farrow.

—¿En cuánto está valorado?

—Es difícil decirlo, pero el inspector de impuestos le asignará seguramente un valor de cien mil libras.

—Es mucho.

—En ese caso le aconsejo que lo venda —dijo el notario—. Quizá alguna sociedad turística se lo comprará. Porque oiga bien

esto: su padre le aconseja que no ponga nunca los pies allí.

La muchacha tuvo un estremecimiento.

No había esperado aquello. Sus labios se tensaron. Mientras intentaba sonreír preguntó en voz baja:

—¿Por qué?

—Por los muebles.

—¿Los muebles? ¡Qué absurdo!

—Verá… Su padre, lord Farrow, se dedicó a viajar mucho en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando Gran Bretaña era un prestigioso país y con libras esterlinas se podía ir a todas partes. Como gran aficionado a las antigüedades, amuebló el Castillo de la Morgue con piezas auténticas adquiridas en otros castillos, especialmente los de la vieja Transilvania. Ciertas zonas de los Cárpatos no tenían para él ningún secreto. Las recorría incluso a pie.

La muchacha sintió de nuevo aquel curioso estremecimiento.

—Los castillos de los Cárpatos… —dijo—. Bueno, ¿no es allí donde se asienta la leyenda de Drácula?

—Justamente.

Estrella Farrow lanzó una breve carcajada.

El notario la miró desde detrás de sus gafas, con grandes ojos que parecían los de un pez muerto.

—¿De qué se ríe? —preguntó.

—De nada. Es que…, ¡todo eso suena a tan irreal! ¡Parece el argumento de una serie de televisión…!

—Señorita Farrow, las series de televisión están muchas veces fundamentadas en hechos reales; no lo olvide.

—De acuerdo… Pero ¿qué tienen que ver los muebles comprados en Transilvania con el hecho de que yo no deba poner los pies en el castillo?

—El testamento lo dice.

—¿Qué dice? —preguntó la muchacha, sintiendo que la dominaba no ya el miedo, sino una invencible curiosidad.

—En el castillo está la *habitación oblonga* —dijo el notario con voz pausada—. Ignoro qué significa eso, aunque supongo que se trata de una determinada habitación que tiene esa forma. Su padre depositó en dicha habitación un ataúd adquirido en los Cárpatos y que teme pueda haber pertenecido a la familia del conde Drácula.

Ahora sí que Estrella Farrow lanzó una carcajada. No pudo evitarlo. A pesar del ambiente siniestro y opresivo que tenía aquella tarde, la cosa le pareció como para tomarla a broma. Bastantes complicaciones tiene la vida para que uno tenga que creer en ataúdes maléficos y en familias cuyo poder diabólico se perpetúa a través de los siglos. Todo aquello de los Drácula pudo ser verdad, y sin duda estaba fundado en hechos ciertos que nadie ha podido desmentir categóricamente aún. Pero pertenecía a la historia ya pasada, a la historia que no se vuelve a repetir.

—¿De qué se ríe? —preguntó el notario con voz silbante—. Su propio padre explica en el testamento que no se atrevió a destruir el ataúd porque para ello hubiera tenido que entrar en la *habitación oblonga*, cosa para la cual le faltaba valor. Por consiguiente, según él mismo dice, el ataúd aún ha de estar allí.

La muchacha se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó—. Mi padre lo compraría vacío, supongo.

—Sí.

—Entonces, ¿qué miedo puede dar un ataúd vacío?

—No lo sé. Por lo menos a mí no me da ningún miedo, señorita Farrow —dijo el notario—. Me limito a explicarle lo que su padre detalla en el testamento. Según se indica aquí, el ataúd no ofrece ningún peligro en sí mismo…, excepto en una cosa. Ese ataúd ejerce una especie de maléfica atracción sobre los miembros de la familia Drácula que aún subsisten. Observe bien que no empleo la palabra viven, sino la palabra subsisten. Para ellos es como una vuelta al hogar. Necesitan reposar allí, y según la leyenda será maldito todo aquel que les perturbe en su sueño.

Estrella Farrow tragó saliva.

La voz del notario había sido demasiado tensa, demasiado campanuda y grave para parecer natural.

Otra vez volvía a sentirse deprimida. Otra vez sentía como si la lluvia resonara dentro de su propio cráneo y no más allá de las ventanas de cristales emplomados. El elegante Londres del Strand, el abigarrado Londres de Charing Cross adquiría un aspecto distinto esta tarde, bajo la lluvia mansa que parecía llegada de otro planeta. La muchacha volvió a sentir un estremecimiento.

—Todo esto no tiene demasiado sentido —dijo al fin—. ¿Por qué

iban a venir a Inglaterra los descendientes del conde Drácula, si es que todavía hay alguno?

—Para buscar el ataúd y descansar en él. No sé si me ha entendido bien. He dicho que era algo así como su hogar.

—¿Y cómo vendrán? ¿Volando, en forma de murciélagos?

—No se ría. Al menos su padre no parece haberse reído demasiado, señorita Farrow. Yo diría que vendrán volando, pero en modernos aviones de la BEA. Aparentemente, serán personas como las otras, excepto a determinadas horas. No olvide que los Drácula, en su época, eran también personas perfectamente normales y que incluso llevaban una intensa vida social.

Por fin, después de estas palabras, el notario se levantó. Parecía cansado de aquella situación tan difícil para él, pues aunque estaba acostumbrado a hablar de castillos —era notario de muchas viejas familias inglesas— no había hablado jamás de vampiros. Tomó un pequeño magnetófono que ya tenía la cinta colocada y dijo:

—Ahora escuchará la voz de su padre, señorita Farrow. Grabé este breve mensaje antes de morir y me pidió que lo leyera con el testamento. Es su propia voz. Por favor, escuche.

Puso en marcha el aparato y se oyó una leve tos. La voz del muerto, aquella voz que ya era de ultratumba llegó nítidamente luego, dominando el rumor de la lluvia y el del intenso tráfico del Strand. Era una voz débil, ahogada, de hombre que se iba, pero sin embargo, perfectamente clara. Estrella Farrow cerró los ojos porque le pareció tener a su padre al lado, hablándola como en otro tiempo, mientras el fuego ardía en la chimenea de su vieja casa de Gales, donde ella creció.

> Hija mía, sólo quiero pedirte una cosa —dijo la voz—. Vende ese castillo o destrúyelo. Deshazte de él por cualquier medio, pero jamás pongas los pies en él. No te importe el dinero que pierdas. Deshazte de él… Cometí un error en mi juventud y ya no he podido rectificarlo porque nunca más me atreví a entrar en la *habitación oblonga*… No te atrevas a entrar tú… Es mi último ruego. Nunca pongas los pies en el Castillo de la Morgue…

Luego sonaron nuevas toses.

Por lo visto el enfermo se agotaba.

El notario cortó el paso de la cinta y miró fijamente a Estrella

Farrow con sus grandes ojos de pez muerto.

—Ya lo ha oído —dijo—. Por mi parte la misión está cumplida, de modo que ahora sólo tiene que firmar aquí. Eso significará que se da por enterada de todo y que acepta las cláusulas del testamento.

Las cláusulas del testamento en cuestión no tenían complicación alguna, de modo que la muchacha las firmó. A partir de aquel momento era heredera de una cuantiosa fortuna, una fortuna que despertaría envidias y recelos a pesar de la notable porción de ella que se llevarían los impuestos.

Se despidió del notario.

Éste tenía la mirada perdida. Mientras parecía estar atento tan sólo a la lluvia que golpeaba las ventanas, musitó:

—¿No cree usted en ninguna de esas historias, señorita Farrow? —musitó.

—No. ¿Por qué iba a creerlas?

—Quizá a usted le parezca una tontería, pero en este mundo no hay nada que sea absolutamente cierto ni absolutamente falso. Haría bien en tener en cuenta lo que su padre le ha dicho.

—¿Y por qué he de atormentarme con eso? —preguntó ella alegremente—. ¿Por qué he de creer en cosas que no han sucedido jamás?

Los ojos de pez muerto del notario parecieron recobrar por unos instantes un poco de vida al decir:

—Si no cree en eso, ¿cómo se explicarían *algunas* cosas? ¿Cómo se explica, por ejemplo, que jamás apareciese el cadáver de su padre?

CAPÍTULO II

La tapa del ataúd se había alzado completamente.

Los goznes habían dejado de chirriar.

Un silencio espectral, alucinante, un silencio que helaba la sangre flotaba en aquella siniestra habitación que no debía haberse abierto desde cuarenta años antes.

Los ojos desencajados de Estrella Farrow miraron la escena.

No tenía fuerzas para chillar. Ni para respirar siquiera. No tenía fuerzas para dar un paso atrás, buscando una salvación posible.

La figura salió del ataúd.

Era una figura alta, espectral. Era una de esas figuras que sólo surgen en las pesadillas, después de ver una película de horror.

Iba envuelta en una larga capa negra.

Con ella se cubría también el rostro.

Sólo sus ojos quedaban al descubierto, aquellos ojos inmensos, duros, profundos, crueles. Aquellos ojos que miraban la garganta de Estrella Farrow como se mira algo desde más allá de la muerte.

La muchacha había quedado hundida en una especie de *shock*. No podía mover un músculo. Miraba aterrada aquella aparición fantasmal, aquella figura que demostraba la verdad de las últimas palabras de su padre: el horror acechaba en la HABITACIÓN OBLONGA.

La mano avanzó hacia ella.

Era una mano envuelta en un guante de seda y en la cual brillaba un enorme anillo negro.

Los dedos casi llegaron a rozar la garganta de Estrella Farrow.

Fue entonces cuando ella reaccionó. Sólo entonces se dio cuenta de que iba a morir. El horror fue como un revulsivo, fue algo que le dio las fuerzas de que hasta entonces había estado falta. Si sus piernas lograron moverse en el último segundo fue sólo a causa del miedo.

Saltó hacia atrás.

La figura vino hacia ella.

Había algo repulsivo, viscoso en aquella mano que la buscaba a través de las sombras.

Estrella Farrow logró dar media vuelta y correr alocadamente hacia las escaleras de piedra que llevaban a la salida de la cripta. Pero estaba tan aterrada, que sus piernas fallaban tanto que tropezó con el primer peldaño.

Le pareció oír una risita silenciosa.

La figura espectral venía tras ella.

¡Iba a alcanzarla…!

El gemido de horror de la muchacha rasgó las sombras.

Se daba cuenta de que no podría levantarse. De que las fuerzas le fallaban otra vez. Se daba cuenta de que… aquello era el fin…

Y lo hubiera sido de no aparecer en aquel instante la mano salvadora. Lo hubiera sido si Elena Worcester no llega a aparecer surgiendo del fondo de la niebla.

Fue Elena la que saltó hacia ella, cubriéndola con su cuerpo. Fue Elena la que la protegió en aquel instante terrible.

La figura retrocedió poco a poco.

Parecía haber visto algo maldito.

Parecía haber visto algo que la frenaba por completo, que le quitaba las fuerzas.

Estrella Farrow no se dio cuenta en el primer instante de lo que era. Estaba tan horrorizada que ni siquiera llegó a verlo. Pero lo cierto era que Elena Worcester llevaba un pequeño crucifijo colgando de su cuello.

—No tiembles —dijo ella suavemente—. No tiembles, pequeña…

La figura había desaparecido.

Estrella Farrow estaba gimiendo. No llegó a advertir que se había hecho sangre en los labios de tanto mordérselos. No se dio cuenta de que al fin estaba salvada.

Una semana antes, al salir de casa del notario, en Londres, aquella tarde de lluvia, no imaginó de ningún modo que pudiera suceder aquello. Cuando habló con John, cuando le dijo que de todos modos iba a ir al castillo no supo que se enfrentaba a la muerte…

CAPÍTULO III

John estaba con los demás parientes, con las figuras secundarias que habían asistido sin pestañear a la lectura del testamento. Sentados junto a una de las ventanas de cristales emplomados habían estado también los criados, a los que el padre de Estrella Farrow dejó generosos legados en pago a sus fieles servicios. Estaba también Elena Worcester, la joven y hermosa bibliotecaria, a la que acababa de corresponder una pensión de mil libras anuales, con las cuales el difunto quería premiar su devoción. Estaba también tío Richard, al que no habían dejado nada en el testamento, salvo unos cuantos objetos de arte, porque era tan rico que no hubiera sabido dónde meter más dinero. Estaba, por fin, Kelly, quien escribía la historia de la familia para una gran revista norteamericana. Kelly, quien había recorrido medio mundo para verles, fue el único que no dijo nada después de la lectura del testamento.

Los criados se despidieron.

Tío Richard también se fue. Caminaba un poco pesadamente, apoyado en su bastón con empuñadura de oro macizo.

Elena Worcester dio un beso en cada mejilla a Estrella al despedirse de la muchacha.

Los únicos que se quedaron fueron los dos hombres: John, que era el administrador de la familia, y Kelly, que estaba escribiendo la historia de ésta. John, mientras caminaban hacia la salida del gran despacho del notario, susurró:

—¿Vas a hacer caso de lo que ha dicho tu padre en el testamento, Estrella?

—¿Hacer caso? ¿En qué sentido?

—Te ha pedido que no fueras al Castillo de la Morgue. Sé que pudo habértelo prohibido absolutamente en el testamento, pero en ese caso, dudo que la prohibición hubiera tenido validez. No se puede prohibir a un heredero que conozca los bienes de la herencia.

—Por eso se ha limitado a hacerme un ruego, ¿verdad? Me ha suplicado que no vaya.

—Exacto. Y yo creo que deberías hacerle caso.

La muchacha no contestó.

Durante años había estudiado en Europa, perfeccionando sus conocimientos sobre química en el Instituto Politécnico de París y en escuelas especializadas de Hamburgo y Varsovia. Durante años, Estrella había pensado vivir de su propio trabajo, no usando para nada el dinero que pudiera darle su padre, con el que no había mantenido más relaciones que las que pudieran tener dos parientes lejanos. Su padre, lord Farrow, siempre se había preocupado del bienestar material de Estrella, pero no podía decirse que le hubiera dado demasiado cariño. Y ahora se encontraba, de pronto, con aquel extraño mandato: No podía acercarse a donde estaba el Castillo de la Morgue.

—¿Qué vas a hacer? —insistió John.

—No lo sé, pero pienso que papá padecía graves manías en el momento de morir. No creo que la cosa tenga tanta importancia. Un castillo con muebles antiguos… ¿y qué?

—Tu padre había sido un hombre de buena salud mental —dijo John, el administrador—. No creo que padeciera manías.

—¿Qué edad tenía exactamente cuando murió? —Preguntó Estrella—. No puedo precisarla.

—Sesenta años. La misma edad que ahora tiene tu tío Richard.

—Desde luego, no es una edad para estar majareta.

Estrella hablaba de su difunto padre con la misma desenvoltura con que los jóvenes estudiantes de París se referían a sus padres aún vivos.

Kelly, que había permanecido en silencio, musitó:

—Cierto. Tenía exactamente sesenta años. Llevo controlando la historia de la familia día a día.

Estrella Farrow contempló con cierta curiosidad al joven escritor norteamericano, que estaba hurgando por decirlo así en las entrañas de la vieja Inglaterra… Los Farrow, una de las familias más antiguas del país, emparentadas con la alta nobleza, tenían una historia movida y tan fascinante que una gran revista norteamericana, *Newyorker*, había encargado a un joven profesor de Harvard que se trasladase a Gran Bretaña para escribir su historia. Aquella historia

la leerían con deleite desde los banqueros de Manhattan a los granjeros de Kansas. Ellos nunca tendrían sangre azul, nunca serían duques ni hablarían con los reyes. Quizá precisamente por eso la historia de las familias de la vieja Europa, llenas de secretos, les fascinaba. Lo que estaba escribiendo Kelly podía ser un gran éxito, aunque quizá la biografía de los Farrow no fuese tan divertida como los editores la imaginaron al principio.

Kelly, con su aspecto deportivo que no acababa de encajar en el ambiente severo de Londres, musitó:

—¿Qué piensa hacer, señorita Farrow? Tengo interés en saberlo, del mismo modo que tiene interés en saberlo John. ¿Va a ir a ese castillo?

—No sé qué hacer. Por un lado me siento inclinada a obedecer a mi padre, pero por otro lado me parece ridículo plegarme a los temores de un hombre que iba a morir y que sin duda sufría largas pesadillas. Es posible que venda el castillo, como mi padre quiso, pero para venderlo he de echarle un vistazo antes, ¿no? He de saber al menos lo que tengo entre manos.

—Ciertamente —dijo Kelly—. Y por mi parte le advierto que pienso ir allí. Hay demasiada historia en esos viejos muros para dejarla a un lado sin molestarme en estudiarla.

La muchacha le miró con renovada curiosidad.

—¿De veras va a ir allí? —musitó.

—Mañana mismo me pondré en marcha con mi coche —aseguró Kelly.

—Muy bien… —murmuró la muchacha, tomando una repentina decisión—, pues entonces, puede que le acompañe… No le importa, ¿verdad, Kelly? ¿Qué le parece si descubrimos juntos los misterios de esa gruta de la muerte?

Se lo tomó a broma. Incluso lanzó una breve risita al salir de la casa del notario y atravesar la calle mojada en dirección al Charing Cross. No sabía que muy poco después se enfrentaría a las primeras sorpresas. Unas sorpresas que nada tenían que ver con los vampiros, pero que, sin embargo, la hundirían en las entrañas de un mundo desconocido y alucinante.

CAPÍTULO IV

Al fin decidieron hacer el viaje hacia la costa en el automóvil de la muchacha porque éste era mejor y más cómodo. Ella, como corresponde a una rica heredera, tenía un «Jaguar», mientras que Kelly conducía un «Morris» alquilado. En el mismo coche decidieron ir también John y Elena. Quedó acordado que tío Richard vendría un poco después en su «Rolls», pues él también tenía interés en volver al Castillo de la Morgue, donde no había estado desde hacía bastantes años antes.

En resumen, un día después de que el difunto lord Farrow aconsejara a su hija que ésta no fuese a la costa de Cornualles, toda la familia prácticamente se ponía en movimiento hacia aquel lugar. Las cosas, la verdad, suelen suceder casi siempre así. Basta con que a uno le prohíban una cosa para que sienta ganas de hacerla.

Todo transcurrió normalmente, pero la primera sorpresa se produjo al llegar a Cherry, la población más cercana al castillo, que estaba apenas a cinco millas. Cherry parecía una ciudad acogedora, tranquila, pero sin embargo, las cosas empezaron a tomar en ella un aspecto que la muchacha jamás llegó a entender.

Todo empezó con una luz de tráfico. La única luz de tráfico que había en Cherry. Estrella, que era la que conducía el «Jaguar», la pasó en ámbar, pero el policía que controlaba el cruce la detuvo.

No parecía demasiado educado, el tipo.

Ni siquiera saludó.

—No nos gusta que los Farrow vengan por aquí —dijo secamente.

Estrella le miró, extrañada.

—¿Cómo sabe que soy una Farrow?

—Lleva el escudo de su familia en el coche. Tienen esa costumbre desde los tiempos de las carrozas de caballos, a lo que parece.

—No me había dado cuenta —dijo la muchacha con cierta hostilidad—. ¿Es un delito?

—No.

—Pues entonces…

—Pero en cambio es un delito pasarse la luz en rojo —dijo el guardia secamente—. O por lo menos es una infracción. Tendrá que pagar una multa de dos libras.

—Oiga… —musitó Estrella—, el disco lo he pasado en ámbar…

—Yo digo que era en rojo.

La actitud del policía seguía siendo hostil y antipática, como si hubiera algo que le hiciese odiar a los Farrow. John, el administrador, que iba en el asiento trasero, dijo encogiéndose de hombros:

—No te preocupes, Estrella. Por dos libras no vale la pena. Tápale la boca a ese tipo y sigamos. No nos conviene perder tiempo.

La muchacha obedeció. Puso despectivamente dos libras en la mano del guardia.

—Tome.

—Espere. Le daré un recibo.

—Métaselo donde le quepa —dijo despectivamente el administrador, mientras indicaba a la muchacha que siguiera su camino.

Ella lo hizo.

—Menudo recibimiento hemos tenido en esta ciudad… —murmuró.

De pronto todo le parecía antipático. Estaba segura de que el guardia quiso provocarles con toda la intención, aunque no entendía las causas. ¿Qué motivo había para que odiara a los Farrow, que llevaban muchos años sin comparecer por allí? Ésa fue la primera de las cosas que la muchacha no llegó a entender entonces.

Tampoco entendió el porqué de aquellos nubarrones negros que de pronto se abatieron sobre la población, transformando completamente su aspecto. Era como si, de pronto, el cielo hubiera cambiado para darles no la bienvenida, sino todo lo contrario. Como si el ambiente se transformara en algo hostil sólo porque ellos habían puesto los pies en Cherry.

Kelly murmuró:

—Habrá que pensar dónde nos alojamos, porque supongo que en el castillo no habrá quien duerma una noche.

—¿Y por qué no? —Preguntó burlonamente la muchacha, volviéndose un poco—. ¿Es que tiene usted miedo, Kelly?

—Nada de eso. No se trata de miedo, sino de otra cosa. Estoy acostumbrado a un mínimo de comodidades y a un mínimo de higiene, y supongo que en el castillo estará todo tan cubierto de polvo y tan devorado por las ratas que no habrá quien descanse allí. Por eso, más valdrá que busquemos otro sitio.

Todos estuvieron de acuerdo.

Se dirigieron hacia el Hotel del Mar, que estaba a la salida de la población y en el camino de la escarpada costa. Durante el verano, aquel establecimiento debía estar muy concurrido por turistas que buscaban gozar del excelente pescado y del pintoresquismo del lugar. Ahora, sin embargo, tenía un aspecto hostil, un poco siniestro incluso, pues para que el edificio estuviera de acuerdo con el paisaje lo habían construido en piedra, haciendo que la hiedra trepara hasta sus viejos torreones.

—No es mal sitio —dijo la muchacha—. Al menos tiene ambiente…

Y descendió.

Un hombre alto, hermético, de unos cincuenta años, salió a recibirla.

Y entonces la muchacha tuvo la segunda sensación extraña de aquel día. El hombre no la miraba a ella; no miraba ni siquiera sus suculentas piernas, que tanto solían llamar la atención de los desconocidos, sino que se fijaba exclusivamente en el escudo del coche. Su gesto se había torcido al verlo.

—¿Es usted una Farrow? —preguntó de pronto.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el escudo del coche.

—No debí haberlo puesto —dijo ella, queriendo tomar el asunto a broma—. Menudos problemas me está planteando el escudito ese. Bueno, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa en qué?

—Necesitaríamos cuatro habitaciones para unas cuantas noches —dijo Estrella, mientras ya se disponía a entrar.

—No tenemos habitaciones.

Estrella se detuvo y se volvió, extrañada. No entendía aquello, y sobre todo no entendía la voz hostil del desconocido. Mientras miraba el edificio, susurró:

—Pero si está vacío… No hay nadie…

—De todos modos, no nos quedan habitaciones —dijo el hombre —. Ni una.

La muchacha apretó los puños.

Ya estaba harta de humillaciones. Y sobre todo unas humillaciones cuya verdadera razón no acertaba a ver por lado alguno.

—¿Qué tienen aquí contra los Farrow? —murmuró.

El tipo seguía mirándola con la misma hostilidad.

—¿Y lo pregunta? —dijo.

—Sí. Me gustaría saberlo.

—En ese caso repase la historia de la ciudad —dijo el hombre secamente.

No admitió más diálogo. Volvió la espalda y se encerró en el establecimiento, ajustando la puerta en cuya parte frontal, para mayor burla, había un cartelito que decía: «Habitaciones con baño y hermosas vistas. Numerosas plazas disponibles».

* * *

Mientras rodaban por un camino vecinal hacia el Castillo de la Morgue, la muchacha susurró:

—Bueno, parece que no tendremos más remedio que alojarnos en el castillo, aunque no nos guste. En esa ciudad no nos han querido.

—Podíamos haber probado en Sanhon —dijo Elena Worcester, la bibliotecaria—. Tampoco está lejos, y disponiendo de un coche como éste…

—No quiero recibir más chascos —dijo Estrella—. No entiendo lo que pasa, pero teniendo un castillo de cuarenta habitaciones, no seré yo la que mendigue un cuartucho en un hotel de mala muerte.

—Lo malo es que esas habitaciones habrá que adecentarlas —dijo John.

—Es igual. No me asusta empuñar una escoba. Cuando era

estudiante en París, una de las chicas limpiaba todo el piso cada semana. Y yo entraba en el turno.

De pronto se volvió hacia Kelly.

—Oiga —dijo—, aquel tipo ha hablado de la historia de la ciudad. ¿Qué pasa con la historia de la ciudad? Usted debe saberlo.

—No sé nada —dijo Kelly—. Le juro que no sé absolutamente nada.

Pero a Estrella Farrow le pareció que él mentía. Le pareció que su expresión era huidiza, quizá un poco tenebrosa, y que no había querido contestar.

Tampoco tuvo tiempo de insistir.

El Castillo de la Morgue apareció de pronto ante sus ojos, al salir de una curva del camino vecinal. Era una sólida y enorme construcción asentada en la roca pura, tan cerca del mar que las olas lamían sus cimientos. Desde según qué habitaciones, uno debía tener incluso la sensación de que estaba en un barco. El castillo producía una sensación sobrecogedora, como si uno se encontrase de repente ante algo que los hombres de hoy no serían capaces de hacer.

Todas sus piedras se habían vuelto negras.

La sensación de abandono, de soledad, era total.

Un director de cine planeando una película de horror no hubiese podido encontrar un escenario mejor que aquél. Ni un nombrecito más adecuado: nada menos que Castillo de la Morgue.

La muchacha susurró:

—No sé cómo vamos a vivir ahí…

—Por las noches debe hacer un frío espantoso —dijo John, que ya empezaba a ser un poco mayorcito.

—Ya encontraremos leña.

—Menuda broma…

—¿Tienes las llaves? —preguntó Elena.

—Sí —dijo Estrella—, me las dio el notario. Pero no me fío mucho, ¿sabes? Después de tantos años… ¡lo que costará abrir las puertas de la casa!

Frenó ante la entrada principal.

Y de pronto se encontró ante la tercera sorpresa de aquel día.

Pero ésta fue más intensa, fue casi brutal. No se trataba ya de una multa de tráfico injusta ni de que les negaran alojamiento

porque sí. Lo que la muchacha tenía ahora ante los ojos eran inverosímil: las puertas del castillo estaban abiertas.

No fue eso solamente.

De pronto estuvo a punto de lanzar un grito de horror.

O quizá llegó a lanzarlo.

¿Supo verdaderamente lo que le estaba ocurriendo en aquel terrible instante?

Porque lo cierto fue que se le heló la sangre en las venas. Que las manos que sostenían el volante cayeron sin fuerzas. Lo cierto fue que los ojos se le desencajaron al ver salir del castillo…

… Al ver que del castillo salía aquel entierro.

CAPÍTULO V

John también debía estar absolutamente asombrado, hundido en su propia incredulidad. Elena Worcester acababa de lanzar un gemido. El único que miraba con atención todo aquello, al parecer sin inmutarse, era Kelly, pero lo cierto era que no decía una palabra. Quizá la procesión iba por dentro.

El entierro salía, efectivamente, del propio Castillo de la Morgue. Se trataba de una ceremonia a la usanza del país, es decir algo así como un entierro aldeano. Cuatro hombres vestidos de negro llevaban el ataúd. Cinco más lo seguían con hachones encendidos, a pesar de que el día aún estaba claro. Y aquí terminaba el cortejo. Los cinco que iban cerrándolo usaban una especie de uniformes con unos cuantos distintivos y medallas. Pero no se trataba de uniformes militares. Todo aquello tenía un cierto matiz municipal, como si los hombres que acababan de salir pertenecieran al Ayuntamiento o a alguna organización cívica.

Dirigieron miradas de soslayo al coche y al escudo que éste lucía.

Estrella hubiese jurado que en aquellas miradas había odio.

Luego desaparecieron en un recodo del camino. Por lo visto iban a llevar el ataúd a pie hasta la población. En un instante aquello quedó tan silencioso como un cementerio, pero las puertas quedaron abiertas.

Kelly fue el primero en descender.

Por lo visto era el único que aún conservaba fuerzas.

—Ha sido un entierro al estilo de la localidad —dijo—. Los habitantes de esta costa suelen llevar sus cadáveres a hombros hasta el cementerio.

—Pero ¿por qué ha salido el cadáver de mi castillo? —balbució la muchacha.

—Eso no lo sé.

—¿No dice nada la historia sobre eso? ¿Es que hay alguna costumbre local?

—No. Que yo sepa, no.

—La que a última hora no va a saber una palabra seré yo —dijo Estrella, saliendo del «Jaguar» con piernas vacilantes—. Nunca me había encontrado ante una situación parecida. Si no estuviera con todos vosotros diría que es un sueño del que voy a despertar de un momento a otro. En fin…, ¿entramos?

Y fue hacia el castillo.

Se encontró entonces ante lo que le pareció otra situación increíble. Y en realidad lo era.

Todos los muebles estaban bien cuidados.

Intactos.

Los suelos limpios.

Las cortinas en su sitio.

Las ricas tapicerías perfectamente colocadas, como a punto para ser exhibidas en un museo.

Estrella Farrow no salía de su asombro.

—Pero… —balbució—. ¡Pero todo esto es fantástico…!

—Por lo visto el Municipio ha cuidado de sus posesiones —dijo Kelly, queriendo tomar la cosa por el lado realista—. El castillo está en perfecta disposición de ser habitado. No falta ni la luz eléctrica.

En efecto, al fondo se veían algunas bombillas encendidas. La sensación de irrealidad que les dominaba a todos se acentuó cuando entraron en el castillo.

Era inmensamente grande.

Había en él considerables riquezas.

Los muebles, como había dicho lord Farrow, eran auténticamente antiguos, y muchos de ellos tenían un inmenso valor.

Un coleccionista se hubiera extasiado ante muchos de aquellos objetos. Y un anticuario hubiera empezado a lanzar billetes por todas partes con tal de llevárselos a su casa.

Pero, sin embargo, lo que más pesaba en el castillo era aquella sensación de cosa siniestra, hostil. Todo el edificio parecía un inmenso animal al acecho, dispuesto a devorar a los que se atrevieran a entrar en su garganta.

Estrella decidió vencer aquel sentimiento. Mientras trataba de

lanzar una carcajada, dijo:

—Está bien… Nos quedaremos aquí. Muchachos, esto ha sido fantástico… ¡Servicio gratis!

¿Fue entonces cuando decidió que de todos modos buscaría la *habitación oblonga*? ¿Fue entonces cuando decidió que lo haría aquella misma noche?

CAPÍTULO VI

La figura espectral acababa de desaparecer después de ver el pequeño crucifijo que Elena Worcester llevaba colgado al cuello. Estrella Farrow, caída sobre las escaleras de piedra, gemía entrecortadamente. Elena le dio un pequeño cachetito para que no cayera en *shock*, para que no se pusiera a gritar como una loca.

Estrella reaccionó entonces.

Se puso a llorar.

Estaba tan aterrorizada por lo que había visto que no le quedaban fuerzas ni para levantarse y ascender los peldaños. Otra vez volvía a ser como una niña. Tuvo que ser Elena la que la ayudó a incorporarse, mientras susurraba:

—Por favor, no llores así…

—Pero tú también lo has visto, Elena… ¡Has tenido que verlo! ¡Tú también!

La antigua bibliotecaria de lord Farrow, aquella distinguida belleza que aún no había alcanzado los veinticinco años, hizo un gesto que denotaba cualquier cosa menos alegría. Ella también tenía miedo, eso era seguro. Pero se aguantaba. Estrella admiró su seguridad y se dijo que ella nunca podría llegar a tanto.

—Vámonos de aquí.

Elena Worcester la hacía subir por los resbaladizos peldaños de piedra.

Cuando estuvieron de nuevo en el vestíbulo, entre los muebles solemnes, pero al menos conocidos, Estrella tuvo la impresión de que habían vuelto al mundo de las cosas reales y ya estaban salvadas. Se dejó caer sobre un viejo diván de terciopelo rojo.

—¿Lo has visto? —susurró, con los ojos desencajados.

—Sí.

—¿Qué piensas de esto, Elena, si es que piensas algo? Habla, por favor… Dime que no me he vuelto loca…

La antigua bibliotecaria movió la cabeza pesarosamente.

—No estás loca, Estrella. En todo caso deberíamos estarlo las dos, porque ambas hemos visto lo mismo. Pero conviene que me respondas ante todo a unas cuantas preguntas. Quizá con eso logre situarme.

—Te contestaré… a lo que quieras.

—En primer lugar, ¿cómo has sabido que existía realmente la *habitación oblonga*?

—No lo sabía. Me he puesto a investigar, movida por la curiosidad.

—¿Cuándo has decidido eso?

—Quizá esta tarde, cuando hemos entrado en el castillo por primera vez. Todo me ha parecido tan extraño que he querido llegar hasta el fondo.

—¿Y por dónde has buscado?

—Lógicamente en los sótanos. Era de suponer que esa especie de habitación maldita se encontrara en ellos. He visto que los sótanos empezaban en esa puertecilla del vestíbulo y…, y he descendido.

—¿Con un hachón para alumbrarte?

—Abajo no hay luz eléctrica.

—¿Cómo has podido abrir la HABITACIÓN OBLONGA?

—No era tan difícil. La llave estaba en la cerradura. Todo rechinaba por no haber sido usado en tantos años, pero al fin he podido abrir.

Elena Worcester se llevó las manos a los ojos.

Ella parecía también aterrorizada, perdiendo la serenidad que tanto le había costado mantener hasta entonces.

—Estrella —dijo con un hilo de voz—, es espantoso…

—¿Tú crees que hemos descubierto el verdadero ataúd de…, de…?

No hizo falta que terminara el nombre.

Elena dijo débilmente:

—Sí.

—Lo peor es que…

—Lo peor es que Drácula estaba efectivamente dentro, ¿verdad?

También Estrella Farrow se había llevado las manos a los ojos. Todo su juvenil cuerpo tembló.

—Elena Worcester —dijo—, yo no quiero creer en esas cosas.

—Lo has visto. Y yo también.

—Quizá las dos sufrimos una alucinación.

—No, Estrella, no es posible. Además, hay otras razones.

Estrella alzó la cabeza.

Miró fijamente a la antigua empleada de su padre.

—¿Otras razones? —musitó.

—No me gusta hablarte de esto, Estrella, pero ya que estamos aquí y nos encontramos en estas circunstancias, más vale que lo haga. ¿Quieres un cigarrillo?

—No. No soy capaz ni de fumar.

—Está bien… Entonces, más vale que acabemos pronto. Tú sabes que no apareció el cadáver de tu padre.

—Bueno… Papá murió de muerte natural…

—Sí.

—Y el médico extendió el certificado de defunción…

—Sí —dijo Elena con un soplo de voz—; no obstante lo cual, jamás apareció el cadáver.

La muchacha tuvo un estremecimiento.

Estaba al borde de sus fuerzas y cada vez le costaba más trabajo respirar.

—Ya sé por qué no apareció su cadáver —dijo con un soplo de voz—. No me descubres ningún secreto. Hubo un incendio en la casa cuando lo estaban velando, y resultó muy difícil que se salvaran los vivos. Naturalmente, nadie pudo pensar en rescatar el cuerpo de un muerto. Horas después, de papá no quedaban más que unos restos calcinados. Apenas unos huesos. Pero eso es una desgracia más o menos normal, ¿no? Se producen docenas de incendios cada año en Londres. ¿Qué tiene que ver…?

Y miró a Elena Worcester con ojos vidriosos, como si esperara que ella le aclarara alguna cosa más.

Pero Elena Worcester también tenía los ojos vidriosos.

También parecía mirar hacia un lejano vacío cuando musitó:

—Eso de que estaban velando a tu padre es una verdad a medias, Estrella. Quiero decir que en aquel momento no lo estaban velando varias personas, sino solamente yo. Por eso soy la única en saber lo que ocurrió realmente.

Su voz temblaba. Sus dedos, demasiado nerviosos parecían arañar el aire.

Estrella Farrow musitó:

—¿Qué… ocurrió realmente?

—Eso no se lo he explicado a nadie, Estrella. Guardé silencio porque era demasiado horrible para someterlo a la curiosidad pública. Pero a ti debo decírtelo ahora. Las cosas que están sucediendo son tan graves que creo que debes conocer la verdad.

—¿Qué…, qué verdad?

También temblaba ahora todo el cuerpo de Estrella. En sus labios palpitaba el miedo.

Elena Worcester vaciló, como si no se atreviese a hablar.

Parecía como si las palabras, como si la horrible verdad se hubiese atragantado en su boca.

Por eso fue otra voz la que contestó:

—Lo que ocurrió fue esto, Estrella. Más vale que lo sepas: el incendio en el que desapareció el cadáver de tu padre fue provocado por un vampiro.

CAPÍTULO VII

Estrella Farrow hubiera esperado oír cualquier cosa de este mundo menos aquellas palabras alucinantes. De no ser el propio Kelly el que acababa de pronunciarlas las hubiese tomado a broma e incluso es posible que hubiese lanzado una carcajada. Pero Kelly, pese a su juventud, era un investigador consciente, era un historiador que lo comprobaba todo, y por lo tanto, no hubiera pronunciado jamás unas palabras así, sin estar seguro de lo que decía.

Las dos mujeres le vieron avanzar desde las sombras.

Vestía de negro, con unos pantalones y un jersey bastante deportivos. No hacía ruido al andar porque sus zapatos eran ligeros. Se deslizaba como un fantasma.

—Siento decir esto —susurró—, pero he oído vuestra conversación y he pensado que debía intervenir. Lo que acaba de confesar Elena es cierto. El incendio fue provocado por un vampiro.

—¿Un… vampiro? ¡Es imposible!

—No se trataba de Drácula, por supuesto —dijo Kelly, riendo suavemente—. Llamamos vampiros a pequeños pájaros semejantes a los murciélagos y que chupan la sangre. Abundan sobre todo en América del Sur, en la cuenca del Amazonas, pero también los hay en los zoos de Europa. Claro que igualmente pudo ser un simple murciélago. Eso no está comprobado ni podrá comprobarse nunca, porque el animal murió.

—¿Pero a qué te refieres? Por Dios, explícate mejor…

—En los días de la muerte de tu padre —dijo Kelly, sentándose junto a las muchachas— hizo bastante calor en Londres. Por lo tanto, el velatorio se organizó estando las ventanas abiertas, pero con unas cortinillas corridas por razones de elemental discreción. Tú, Estrella, estabas entonces gravemente enferma en París y no habías podido desplazarte ni siquiera para una ceremonia tan

sagrada. En consecuencia, se organizaron los turnos de velatorio, uno de los cuales correspondió a Elena Worcester, la antigua bibliotecaria de tu padre. Mientras ella velaba, un murciélago o un vampiro, eso no podremos saberlo nunca, se lanzó como enloquecido hacia las cortinillas, viniendo desde las sombras de la noche. El murciélago llevaba una tea encendida entre las patas. Chocó con las cortinillas, que se incendiaron inmediatamente, y las llamas se propagaron en seguida al resto de los muebles. Ése fue el origen de todo.

Estrella Farrow tragó saliva. Aquello le hubiese parecido en otro tiempo una casualidad más o menos macabra, pero ahora relacionaba unas cosas con otras y se daba cuenta de que acababa de penetrar en un universo de horror, donde todo era posible. Oyó como si llegara desde muy lejos la voz de Elena.

—Celebro que seas tú el que haya dicho eso, Kelly. Yo no me atrevía a decirlo.

—Lo he corroborado bien —dijo el joven historiador—. Algunas personas vieron cómo el pájaro se lanzaba hacia las cortinas, pero guardaron silencio para no dar a todo aquello una apariencia fantasmal. Oficialmente el incendio se atribuyó a una colilla mal apagada, y las investigaciones quedaron detenidas ahí. Lo que no comprendo, Elena, es por qué no diste antes la voz de alarma.

—Estaba tan aterrorizada que no supe hacerlo —bisbiseó la antigua bibliotecaria—. De repente no vi más que llamas en torno mío. Y las cortinillas incendiadas cayeron…, cayeron encima del muerto. No sé si alguno de vosotros puede llegar a imaginar lo que es una situación tan horrible.

No hacía falta que insistiera en eso. Lo mismo Kelly que Estrella lo imaginaban:

Ninguno de los dos se atrevió a reprochar el miedo de Elena Worcester en un momento así.

Se produjo un silencio tenso, angustioso, durante el cual evitaron mirarse. Las sombras lo llenaban todo, pues las bombillas del castillo eran tan débiles que apenas las disipaban.

Al fin Estrella preguntó:

—¿Por qué no se me dijo eso?

—¿Y para qué íbamos a decirlo? —Susurró Elena—. Hubiese sido introducir un elemento de misterio en un sitio donde no lo

había. Quizá la Prensa sensacionalista lo hubiese explotado con matices de mal gusto. Todo es posible. La verdad es que todos achacamos el hecho a algo casual y lo habíamos casi olvidado. En realidad, lo habíamos dejado por completo fuera de nuestros recuerdos hasta… hasta hoy.

Estrella Farrow supo lo que querían decir. A partir de hoy todo cambiaba. Ella había visto el que podía ser el ataúd de Drácula y había visto al vampiro moverse en el Castillo de la Morgue.

Estrella no se atrevía a pronunciar las palabras que en definitiva pronunció. Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para decir:

—¿Es que se sospecha que mi padre… pudo ser objeto de la venganza de algún vampiro?

—Es posible —dijo Kelly—, pero también es posible algo más peligroso.

—¿Qué…?

Kelly empezó a hablar con voz opaca. Y Estrella tuvo que llevarse las manos a los oídos, con un gesto de horror, cuando él dijo:

—Esa clase de desaparición de un cuerpo es demasiado extraña para obedecer a una casualidad. Por eso uno piensa que pudo intervenir un elemento maléfico, un elemento que no acaba de ser de este mundo ni del otro. Algo que está «entre los dos», lo cual es lo más horrible dentro de lo horrible. Yo no he dicho aún una sola palabra sobre esto, Estrella, pero estoy haciendo investigaciones. Estoy tratando de saber si tu padre, en uno de sus viajes a los Cárpatos, pudo transformarse también en un vampiro…

CAPÍTULO VIII

Estrella no podía dormir.

Daba vueltas y más vueltas en aquella cama demasiado ancha, demasiado solemne, a la que no faltaba ni el dosel para ser de otra época.

Las cosas extrañas se habían sucedido en el castillo desde que pusieron los pies allí, y una de ellas era la limpieza de todas las habitaciones, que parecían haber sido conservadas escrupulosamente, no faltando ni siquiera ropa intacta en las camas. Cuando ella pensó encontrar un edificio medio destrozado y en el que las ratas correrían a su antojo, descubría unas piezas bien cuidadas y asépticas, unos muebles restaurados y unas paredes impolutas. Ésa era una de las muchas cosas que no entendía Estrella Farrow.

Pero había otras mil preguntas que se agolpaban en su cráneo.

¿Quién había cuidado de aquello?

¿Por qué les odiaba la gente de la vecina localidad de Cherry?

¿Qué significaba el escudo de los Farrow para inspirar tanta repulsión?

¿De quién era el entierro que salía de la casa cuando ellos llegaron?

Y sobre todo: ¿por qué había tenido que desaparecer de una forma tan extraña el cadáver de su padre?

¿Realmente tenía algo que ver con los vampiros?

¿Podían ser verdad las espantosas palabras de Kelly?

¿Verdaderamente los descendientes de Drácula habitaban la casa?

Con tantas preguntas agolpándose en su cerebro, no era extraño que la muchacha se sintiera dominada por auténticas pesadillas. Daba vueltas en su cama una y otra vez, sudaba de angustia y sentía que la lengua se le pegaba al paladar a causa de la boca

espantosamente seca.

«Necesito beber algo —pensó—. Debe haber agua fresca en algún sitio de la casa». Se puso en pie.

Por un instante tuvo miedo otra vez, pues siguiendo el consejo de Kelly había cerrado la puerta con llave y se había asegurado bien de que las ventanas estuvieran cerradas, de modo que no pudiese entrar ni un pájaro nocturno. Ahora, en cambio, iba a salir al descubierto, iba a caminar sola por los pasillos casi desconocidos del Castillo de la Morgue, exponiéndose a cualquier horror. Pero el tormento de la sed era tan insoportable y sus nervios vibraban de tal modo que decidió correr aquel riesgo. Salió al pasillo.

Las sombras lo llenaban todo.

El silencio de la casa era viscoso, insoportable. Parecía algo que se podía tocar, algo que se pegaba a las paredes y llegaba a formar parte de ellas.

Buscó la cocina.

No sabía dónde estaba.

Sus ojos recorrieron atónitos las puertas cerradas, las ventanas de cristales emplomados, las escaleras de mármol, los cuadros que colgaban de las paredes, pero que realmente parecían flotar en el aire…

Hasta que sus ojos se posaron en aquel cuadro concretamente. Era el más perfecto de todos, pero quizá también el más inquietante, precisamente por la inmensa sensación de realismo que daba. Los ojos levemente rasgados de la mujer parecían mirar, sus labios parecían separarse y sus manos levemente tendidas parecían avanzar a través del aire.

Estrella Farrow se detuvo.

Sabía que aquel cuadro pertenecía a su madre. Era el último retrato que hicieron de ella, dos años antes de su muerte.

La muchacha se detuvo como hipnotizada.

Hasta la sequedad terrible de su garganta había desaparecido.

¿Qué sabía ella de su madre realmente? ¿Cuál fue la causa de su muerte y de su desaparición? ¿Por qué no sabía dónde estaba su tumba? ¿Por qué no se lo habían indicado jamás? ¿Por qué su padre se mostró esquivo siempre que le planteaban el tema? ¿Por qué la madre de Estrella Farrow, aquella bellísima mujer, había desaparecido en cuerpo y alma, como si todo lo que ella significó se

hubiera perdido para siempre entre las sombras del otro mundo?

Ahora, de pronto, Estrella se planteaba de nuevo la terrible incógnita.

Pero se la planteaba de una forma distinta, se la planteaba con más angustia que nunca, porque había algo evidente: EL CUERPO DE SU MADRE HABÍA DESAPARECIDO COMO DESAPARECIÓ EL CUERPO DE SU PADRE.

Entre las dos cosas había, pues, una misteriosa relación.

¿Qué relación?

Todo el cuerpo de Estrella Farrow se estremeció hasta lo más íntimo.

¿Pertenecía ella a una familia de vampiros? ¿Quizá eso explicaba la aversión de los habitantes de Cherry? ¿Llevaba ella en su propia sangre el germen del horror?

Los nervios de la muchacha vibraban hasta parecer ir a romperse.

Estaba aterrorizada.

Sentía unos deseos terribles de ponerse a chillar como una loca.

Pero entonces algo cambió en torno suyo. Oyó aquella serie de murmullos en una de las habitaciones inferiores del castillo.

Alguien estaba allí.

Pero no se trataba de una persona, sino de varias. Parecía como si se celebrara una reunión. Las palabras llegaban sigilosamente a través del vestíbulo, y por la rendija de una de las puertas se filtraban algunos rayos de luz.

Estrella descendió.

No causaba el menor ruido con sus pies descalzos.

Parecía una sombra más entre las mil sombras que flotaban en el Castillo de la Morgue.

Notó que las voces llegaban de una de las grandes salas inferiores, seguramente la dedicada a biblioteca.

Se acercó a la puerta, la empujó levísimamente, de modo que no causara el menor ruido y miró por la rendija. Parecía mentira, pero ella se estaba transformando en una espía en su propia casa.

Lo que vio la llenó de sorpresa y de confusión. La sala en que se celebraba la reunión era, en efecto, la biblioteca, la cual estaba iluminada por unas lámparas que apenas disipaban las sombras. Pero había dos hombres y dos mujeres allí, ambos reunidos en torno

a una mesa redonda. Incluso hubiera podido parecer una reunión espiritista, caso de tener aquellas personas las manos unidas.

De aquellas cuatro personas sólo una de las mujeres era bastante joven, y resultaba atractiva sin llegar a ser guapa. No había nada de siniestro en ella. Si bien las ropas de todos eran severas, la verdad era que no inspiraban ningún miedo.

Parecían hablar de algún asunto serio, pero no se entendían sus palabras. En realidad cuchicheaban. Pero lo que más llamó la atención de la muchacha y más llegó a inquietarla fue que a uno de aquellos hombres lo había visto en el entierro que salió del castillo aquella misma tarde, justo cuando ellos llegaban.

Estrella Farrow apretó los labios.

No sabía qué hacer.

Los que estaban allí eran unos intrusos y podía llamar a la policía para echarlos, pero no se atrevió. Tampoco se atrevió a entrar porque iba casi desnuda. Pensando no encontrar a nadie en su camino, no se había puesto nada encima.

Poco a poco volvió la espalda.

No entendía absolutamente nada.

Otra vez docenas de preguntas se agolpaban en su cerebro, como si nada de lo sucedido anteriormente en su vida tuviera sentido. Como si necesitara preguntarlo todo desde el principio.

Volvió poco a poco a su habitación.

No sabía que a partir de aquel momento se desencadenaría el horror, no sabía, que acababa de trasponer las fronteras del otro mundo.

CAPÍTULO IX

Llevaba apenas un cuarto de hora en su habitación, una vez saciada la sed en la cocina, cuando oyó aquel leve chasquido cerca de la puerta. Era como si alguien hubiese tratado de empujarla, sorprendiéndose al encontrarla cerrada. Estrella Farrow no pudo evitar un estremecimiento.

¿Quién trataba de entrar?

Por si eran Elena, John o Kelly, que tal vez querrían decirle algo, se acercó a la hoja de madera y escuchó. El sonido no se reprodujo.

—¿Quién es? —Murmuró la muchacha—. ¿Quién quería entrar?

Nadie contestó.

El silencio lo envolvía nuevamente todo.

Dominando su miedo, y a pesar de que sabía que aquello podía ser una trampa, Estrella hizo girar la llave y abrió. Pudo ver entonces que el pasillo estaba vacío.

Como antes, las sombras lo llenaban todo.

Pero se escuchaban unos leves rumores al fondo, y Estrella miró hacia allí. Vio entonces algo que la hizo pestañear, extrañada.

Uno de los hombres que había visto reunidos antes en torno a la mesa, en la biblioteca, descendía en aquel momento por las escaleras hacia la planta baja. La suave y tamizada luz del vestíbulo permitía distinguirlo bien. Como también permitió distinguir la cosa que se movía a su espalda.

Ésa fue la primera y confusa sensación que tuvo la muchacha: la de que se movía una cosa…

Pero luego las formas se concretaron. Mientras el hombre volvía un poco la cabeza, extrañado al oír el chasquido de la puerta de Estrella, la figura que estaba tras él se movió. Apareció…, ¡apareció la más joven de las dos mujeres que antes habían estado en la mesa con él!

Claro que Estrella Farrow no podía distinguirla con absoluta

nitidez.

Pero estaba segura de que era ella.

Y llevaba… ¡UN CUCHILLO EN LA DERECHA!

¡Avanzaba hacia la espalda del hombre como un ángel exterminador! ¡Como una maldición venida desde más allá del tiempo!

Estrella Farrow se llevó las manos a la garganta. No podía ni gritar. La tensión del momento le impedía incluso ver bien, como si estuviera a punto de perder el sentido.

Aquello era una pesadilla.

Aquella… ¡NO PODÍA SER VERDAD!

Sin embargo, lo era. Estrella Farrow vio el color escarlata saltar hacia la luz, como si aquel color escarlata lo llenase todo. Vio que el cuchillo se había hundido de lleno en la nuca del hombre.

Éste ni siquiera tuvo tiempo de volverse del todo.

Cayó fulminado.

Su cuerpo rodó en silencio por las escaleras hasta llegar al vestíbulo.

Y entonces sucedió lo más increíble Entonces la mujer avanzó hacia él. Su boca se había entreabierto en una especie de mueca jadeante.

¡Y se inclinó sobre su sangre!

¡Pareció como si fuese a beberla!

En realidad debió ser así. En realidad debió beberla, pero Estrella no podía asegurar nada. Estrella Farrow estaba por completo al borde del paroxismo. Incapaz de dominarse, se había clavado las uñas en la garganta hasta hacerse sangre ella misma.

El horror la rodeaba.

La ahogaba.

Cuando aquel chillido largo y gutural partió de su garganta ni ella misma se dio cuenta de que estaba gritando. No se dio cuenta de que sus rodillas se doblaban y de que caía al suelo bruscamente.

La mujer-vampiro, la que antes había visto en la mesa, la que acababa de asesinar a aquel hombre, fue la primera en oír el chillido alucinante. Alzó la cabeza y clavó sus ojos espantosamente vacíos en Estrella Farrow. Por su suave barbilla goteaba la sangre.

Estrella Farrow se arrastró por el suelo. Siempre se había tenido por una chica valiente, pero ahora no podía dominar aquella

brusca, terrible, lacerante sensación de horror.

Apenas pudo ponerse de rodillas. El incorporarse del todo le costó tanto esfuerzo que cuando lo consiguió estaba jadeando. No se atrevió a mirar hacia atrás por lo aterrorizada que estaba. En su mente no había ahora más que un solo pensamiento: Huir… Huir… ¡HUIR!

Corrió alocadamente por el pasillo, sin darse cuenta de nada, hacia la ventana que había al fondo. Y es muy posible que hubiera saltado por ella, matándose al estrellarse contra las losas de la planta baja, de no haberla frenado en aquel momento los brazos de un hombre. La muchacha cayó entre ellos jadeando, llorando, sin darse cuenta de que quizá aquello era peor. De que quizá había tropezado con la mismísima muerte.

Pero no era así.

Por fortuna estaba salvada.

Los brazos la acogieron cálidamente, envolviéndola de una forma protectora, mientras unas manos suaves palmeaban su espalda.

Estrella Farrow alzó la cabeza con infinito alivio, mientras sólo era capaz de decir:

—Tío Richard…

CAPÍTULO X

Fue a la mañana siguiente, después de una noche de frío horror, cuando todos se preguntaron qué debían hacer. Porque había que hacer algo, de eso no cabía ninguna duda. No podían seguir envueltos en aquella pesadilla sin intentar al menos salir de ella.

En la mente de la muchacha los acontecimientos se agolpaban aún, como una película que hubiese visto varias veces, pero a la que aún recordaba de una forma confusa. Más o menos, en aquella sucesión increíble de escenas de horror, lo veía así:

La mujer-vampiro había huido inmediatamente después de ponerse ella a chillar.

Tío Richard la había estado protegiendo mientras Estrella temblaba, a punto de sufrir un terrible *shock*.

Luego supo que tío Richard había llegado en su «Rolls» poco antes, adelantando su viaje porque terminó con las gestiones que debía hacer.

Mientras tanto, otras personas habían llegado al pasillo, saliendo de sus dormitorios precipitadamente.

Esas personas eran las absolutamente lógicas en un caso así: Kelly, John y Elena. No recordaba quién había llegado primero ni quién el último. Los acontecimientos se mezclaban en la mente de Estrella Farrow como se mezclan las notas en una sinfonía macabra.

Pero ahora tenían que hacer algo para salir de aquella situación de ultratumba.

Había amanecido ya. Una luz fría y espectral se esparcía por entre los árboles centenarios que había junto al castillo.

La voz de tío Richard la sacó de su ensimismamiento.

—Hay que hacer algo —dijo—. No podemos continuar aquí sin movernos. Será necesario dar cuenta a la policía, ¿no?

Y señaló a través de la puerta hacia las escaleras, donde aún yacía el cadáver sobre un charco de sangre. No lo habían tocado

hasta aquel momento. Tampoco se habían atrevido a llamar a la policía porque la sola perspectiva de lo que les esperaba les llenaba de horror. El propio Richard Farrow, hermano del padre de Estrella, fue quien resumió la situación cuando dijo:

—Todos somos personas respetables, personas que tienen un prestigio en el país. John está considerado uno de los administradores más honestos, y como el cargo de administrador es siempre un cargo de confianza, para él significaría la ruina verse envuelto en un crimen. Elena Worcester es una mujer, una bibliotecaria titulada, y a una señorita de esa clase le afecta profundamente cualquier salpicadura de sangre. Todos sabemos que el honor de una mujer debe cuidarse aún más que el de un hombre. Kelly es un historiador, un profesor de Harvard, un personaje con fama bien ganada, del que se habla para el Premio Pulitzer. El aparecer involucrado en un horrible asesinato, aunque fuese de una forma lejana, significaría su destrucción. En cuanto a mí…, ¿qué puedo decir de mí mismo? Soy una de las principales fortunas de este país. En cuanto se sepa que de un modo u otro he tenido algo que ver con un asesinato, la gente se lanzará sobre mí e intentará desenterrar toda clase de trapos sucios, aunque no existan. Ya se sabe que la gente odia a los ricos. No pararán hasta verme hundido.

Calló por unos instantes.

Todos le miraban con la mayor atención.

Les gustara o no les gustara lo que Richard Farrow había dicho, no cabía duda de que su análisis era realista.

Y sin embargo… Fue él mismo quien lo dijo:

—Resultaría inútil empeñarnos en ocultar ese crimen. Aquí existe un caso claro de vampirismo, según Estrella ha visto y en parte yo también. Poco antes se celebraba en esta casa una reunión de personas desconocidas, cuyo alcance no me atrevo ni a calificar. Soy un hombre experimentado, pero al hablar de esto no puedo ocultaros que siento un escalofrío. Una mujer que asistía a aquella reunión, la más joven, ha matado a uno de los hombres, que según Estrella, se sentaba al otro lado de la mesa. Creo que la situación es tan grave que debemos avisar a la policía, aunque eso nos perjudique. No hay otro remedio.

Los que le oían asintieron pesadamente.

Claro que no había otro remedio.

Ya habían perdido bastantes horas —materialmente toda la noche— antes de decidirse.

Kelly susurró:

—He registrado el cadáver, procurando no mancharme de sangre. Ya sé que la ley dice que nada puede tocarse, pero yo necesitaba saber en qué clase de mundo estaba metido. Ese hombre se llamaba Pat Golden. No llevaba más que un documento encima, en el cual se atribuía la profesión de funcionario. Vivía en la población de Cherry.

—¿Funcionario de qué?

—El documento no lo dice.

—Está bien. En ese caso, avisemos a la policía.

Era Estrella Farrow la que había hablado. Como dueña actual del castillo, a ella le incumbía la decisión. Kelly encendió un cigarrillo, mientras musitaba:

—Ya sé que es molesto dar ese paso, pero si quieren, lo daré yo.

—No, tú no —dijo Estrella firmemente—. En primer lugar eres un extranjero y no conoces las costumbres legales del país. En segundo lugar, soy yo la propietaria del castillo, de modo que debo denunciar cualquier cosa que ocurra en él. Seré yo misma la que vaya a la estación de policía de Cherry.

Tío Richard ofreció:

—Me parece bien, pero ¿te acompaño?

—No, más vale que no os mezcléis de momento. Sería terrible que empezaran a sacar fotos ahora de todos nosotros juntos.

—Iré a cierta distancia —musitó tío Richard, protectoramente—. No intervendré si no es necesario, pero no consentiré que la policía te detenga o que haga algo contra ti.

—Eso me parece prudente, tío Richard, pero no te mezcles en nada.

Y sin una palabra más, la muchacha fue a arreglarse un poco. Estaba bastante pálida y tenía ojeras, pero eso lo remedió con un poco de maquillaje. Se puso unos pantalones ligeros, una blusa y una chaqueta de piel y salió al exterior. Estaba más guapa de lo que ella misma creía. Tenía un aspecto joven, dinámico, moderno, que contrastaba con el ambiente tenebroso del castillo.

Antes de dirigirse a su «Jaguar» vio que a cierta distancia estaban marcadas las huellas de dos coches más: unas eran las del

«Rolls» de tío Richard, que aparecía estacionado bajo un maravilloso roble. Otras eran de un automóvil desconocido, seguramente un «Vauxhall» de cuatro plazas, según dedujo la muchacha por el dibujo de los neumáticos. Pero como no era una experta, no pudo asegurar nada.

Montó en su «Jaguar» y lo puso en marcha. El motor runruneó perfectamente, a pesar de la humedad de la pasada noche. Ella entró primera y puso rumbo hacia la vecina población de Cherry.

Intentó sonreír.

Al menos hacía un magnífico día.

La muchacha no sospechaba que iba a entrar de nuevo en el mundo del horror, no sabía que poco después vería de nuevo los resplandores del infierno.

CAPÍTULO XI

Eran las nueve cuando llegó a la población de Cherry, y las calles estaban ya bastante animadas. Las tiendas aparecían abiertas, los empleados entraban a toda prisa en sus oficinas y algunos rezagados compraban los periódicos recién llegados de Londres o el diario comarcal. Nadie se fijó en el, al parecer, odiado escudo de los Farrow, y la muchacha no recogió ni siquiera una mala mirada, al contrario de lo que le había ocurrido el día anterior.

Estrella detuvo el flamante vehículo ante un edificio pintado de blanco, de un solo piso, en el que un letrero indicaba «POLICE STATION». Saltó del coche y entró.

Pero lo primero con que se encontró fueron los ojos vacíos, hostiles, del guardia que el día anterior le había impuesto una multa de tráfico.

Éste la miró con rencor.

Dijo bruscamente:

—Vaya… ¡Qué casualidad! Hoy que estoy de servicio en otro sitio usted vuelve a cometer una infracción delante de mis narices.

—¿Qué infracción?

—Ha dejado su coche en una zona donde un cartel dice claramente: «Sólo Policía».

—Hay sitio de sobra —dijo ella con brusquedad, harta ya de tantas impertinencias—. Además, no he venido aquí a perder el tiempo.

—No pienso hacérselo perder —dijo el policía socarronamente —. Es una libra. ¿La paga ahora?

—Oiga, yo…

—¿La paga o no la paga?

Y fue a extender un volante de denuncia.

Estrella ya estaba harta.

No comprendía el porqué de aquella hostilidad hacia los Farrow.

Pero esa hostilidad existía, y entonces se dio cuenta la muchacha de que sólo le faltaba decir esto: «Oiga, en mi castillo se acaba de cometer un crimen…».

Se sentía incapaz de hacer una confesión semejante ante un tipo tan estúpido como aquél.

Por ello se limitó a preguntar:

—No pago nada. Haga con el boletín de denuncia lo que le venga en gana, y luego ya veremos lo que sucede. ¿Dónde está el Juzgado?

—¿El Juzgado? ¿Para qué?

—Para comprar un rollo de papel higiénico.

El desparpajo y hasta la mala educación de la muchacha, dejaron al otro sin habla. Tuvo que limitarse a señalar por la ventana, mientras balbucía:

—A…, a… allí.

En efecto, el Juzgado estaba al otro lado de una pequeña plaza. Como un crimen lo mismo puede denunciarse ante la policía que ante el juez, la muchacha salió para dirigirse hacia el edificio. No se molestó en sacar el «Jaguar» del aparcamiento prohibido. Entró en el Juzgado y vio que había una gran sala de recibir con un mostrador ovalado, en el cual era atendido el público. Todo allí resultaba muy moderno. Una mujer vuelta de espaldas estaba hablando con una dama que parecía muy excitada. Detrás del mostrador no había más que otra persona, un tipo somnoliento que escribía a máquina.

Apenas miró a Estrella Farrow, a pesar de que ésta estaba muy apetitosa.

—¿Señorita…? —preguntó.

—Quiero presentar una denuncia.

El otro no manifestó la menor emoción.

—La señorita la atenderá —dijo, señalando a la joven que estaba de espaldas al otro lado del mostrador—. Espere.

Estrella miró la espalda de aquella mujer.

Era joven y vestía discretamente. Sin duda realizaba su trabajo con la mayor perfección, porque estaba atendiendo cumplidamente a la vieja que le preguntaba, a pesar de que ésta tenía aspecto de ser bastante rollo.

—… Sin duda, su abogado le informará mejor que yo —decía la

joven—, pero puede usted presentar una demanda complementaria. Si cree que su perro atropellado por aquel coche tiene más valor del que le asignaron, debe recurrir. Ah… Y no olvide añadir un valor sentimental, que también debe ser compensado. Con la muerte de aquel pobre animal, usted ha sufrido daños morales.

—No hace falta que me lo diga… ¡No puedo dormir!

—Lo comprendo muy bien, señora Wilton.

—El pobre *Bill* era la única compañía que yo tenía.

—Yo misma buscaré toda la documentación —dijo la joven—. Si quiere, se la tendré disponible mañana y así podrá usted ver lo que más le conviene.

—Oh, pero puede ser mucha molestia para usted…

—No se preocupe. Estamos aquí para servir al público.

—Gracias, señorita. Mil gracias…

—De nada…

La vieja se largó al fin. La joven empleada del Juzgado se volvió entonces hacia donde aguardaba Estrella Farrow.

—Diga, señorita… —pidió, con una amable sonrisa.

Estrella abrió la boca.

Sus ojos se nublaron.

La sensación de horror llegó hasta el fondo de su cerebro. Fue como si acabara de recibir un terrible puñetazo en él. Miró con los ojos desencajados la cara de aquella mujer.

Estrella balbució:

—Pero…

No podía creerlo.

Era absurdo y a la vez terrible.

Pero la tenía allí…, ¡delante de su cara!

Era… ¡la mujer-vampiro!

¡La misma que celebró aquella reunión nocturna en su casa!

¡LA QUE COMETIÓ EL CRIMEN LA NOCHE ANTERIOR!

Tendió de pronto una mano hacia Estrella, como si quisiera sostenerla.

—¿Pero qué ha visto en mí? —balbució—. ¿Qué le pasa?

Estrella no fue capaz de contestar.

No era capaz de nada.

Ni de tenerse en pie.

Cayó a tierra bruscamente, pesadamente, como si se tratara de

una muerta.

CAPÍTULO XII

Cuando recobró el sentido, estaba tendida en un despacho que debía ser del mismo Juzgado, porque estaba abarrotado de libros de leyes. Un hombrecillo calvo se inclinaba sobre ella. Sus ojos cansados indicaban que se había pasado la vida leyendo cosas aburridas. Quizá era el juez. Una mujer pasaba por la frente de Estrella un paño empapado en agua de colonia, pero por fortuna no era la vampiro que ella había visto minutos antes.

La muchacha apenas pudo susurrar:

—No… No…

Una voz la calmó entonces definitivamente.

Era la voz de tío Richard.

Tío Richard musitó:

—Se ha encontrado mal, pero ya ha pasado. No hagan caso.

—¿Está embarazada? —preguntó el juez.

—¿Y a usted qué le importa?

—Hombre, yo… Son cosas que se le ocurren a uno. A mi tercera esposa siempre le pasaba eso.

—¿La tercera? ¿Cuántas esposas ha tenido usted?

—Cuatro.

—Menudo récord… ¿Y ha enterrado a tres?

—Presidiendo yo mismo la ceremonia de inhumación.

—Quería asegurarse de que no volvían a salir, ¿eh? ¿Y dice que a su tercera esposa siempre le pasaba esto?

—Sí. En cuanto volvía de pasar una temporada en el campo, con su madre y su primo Fred, siempre volvía embarazada y con mareos. Se caía por todas partes.

—Conque el primo Fred, ¿eh? Me parece que el primo no era precisamente él, señor juez.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, nada… Voy a llevarme a mi sobrina, ¿sabe? Ahora ya

está muchísimo mejor.

Y ayudó a incorporarse a Estrella.

Ella se sentía infinitamente aliviada.

Justo lo que quería era largarse de allí.

Apoyada en tío Richard salió del Juzgado. No se veía por ninguna parte a la asesina de la noche anterior. El propio juez abrió la puerta del «Rolls» para que entrasen.

Parecía bastante preocupado.

—Diablos con mi tercera mujer… —dijo—. Eso de su primo Fred, me da qué pensar.

—¿No lo había barruntado hasta ahora?

—Pues verá… Uno tiene tanto trabajo en los asuntos de los otros… En este país, cada día hay más demandas de divorcio por causa de gente que lleva cuernos. Es una especie de plaga nacional.

—Y que lo diga, juez, y que lo diga…

El millonario arrancó en su «Rolls».

Sólo cuando estaban ya algo lejos de la pequeña ciudad se volvió hacia Estrella para preguntar:

—Menos mal que yo te había seguido, porque si no… ¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Ha sido por aquella mujer?

—¿Tú también la has visto?

—Pues claro…

Una profunda arruga deformaba las facciones de tío Richard. Diríase que estaba muy preocupado. Intentaba disimular sus pensamientos con una jovialidad irónica, muy propia de un viejo caballero inglés, pero se notaba que no podía más. Hasta le temblaban las manos en el volante.

—Estrella —bisbiseó—, todo lo que ha ocurrido es asombroso. Encontrar a esa mujer-vampiro en el propio Juzgado de Cherry, es algo que no hubiera podido ni soñar. Si no la hubiera visto bien anoche diría que he sufrido una pesadilla, pero tú la viste también, de modo que no podemos estar locos los dos al mismo tiempo. Hay que hacer algo.

—¿Y qué sugieres hacer, Richard?

—De momento no me ha parecido prudente hacer la denuncia en un Juzgado donde está la propia asesina. Por eso te he sacado de allí.

—Me parece muy normal —dijo la muchacha.

—En segundo lugar, dudo que nos convenga hacer la denuncia en ninguna parte.

—¿Pues qué…?

El millonario retrucó con otra pregunta:

—¿Alguien ha denunciado la desaparición de ese hombre?

—Yo diría que no… Ni en la estación de policía ni en el Juzgado se advertía el menor ambiente de excitación.

—Si la asesina está en el propio Juzgado habrá tratado de ocultar el asunto. No le interesa que la cosa se sepa, y por lo tanto, no debemos ser nosotros quienes demos el primer paso, sobre todo sabiendo que de momento nadie busca al muerto. También cabe la posibilidad de que…

Se interrumpió.

Estrella preguntó ansiosamente:

—¿De qué…?

—Cabe la posibilidad de que esa muchacha no se acuerde para nada de lo que hizo anoche. La maldición de los vampiros es ésa.

—¿Es que algunos de ellos pueden parecer… absolutamente normales durante el día?

—No soy experto en cuestiones de esa clase, pero yo diría que sí.

—Entonces… ¡esto es terrible, Richard! ¡Estamos ante un caso bochornoso de vampirismo!

—¿Ahora te das cuenta?

Y mientras tomaba una curva a poca velocidad, añadió:

—Viendo esto en una película, incluso me divertiría. Pero el hecho de que haya ocurrido en el castillo de mi difunto hermano me vuelve loco.

La que tenía la sensación de volverse loca era Estrella Farrow. Mientras se llevaba los dedos a los ojos, balbució:

—Larguémonos de aquí. Por Dios… Larguémonos de aquí cuanto antes.

—No creo que debamos hacerlo aún, Estrella.

—¿Por qué no?

—El crimen no lo hemos cometido ni tú ni yo, pero hemos de procurar que no nos alcancen las salpicaduras. Hemos de obrar con cautela.

—¿Cuál es tu plan?

—En primer lugar quiero saber quiénes se metieron en tu

castillo anoche, organizando por las buenas una reunión. Sabemos que uno de los cuatro ha muerto y que la muchacha que lo mató está en el juzgado. De los otros dos, un hombre y una mujer, no sabemos nada. Pero supongo que no será difícil averiguarlo, en una población pequeña como Cherry.

—Desde luego, tienes razón. No puede ser difícil.

—Entonces déjame hacer a mí. Como máximo necesitaremos veinticuatro horas para saber algo. Se trata simplemente de pasar otra noche ahí.

—Yo… yo no me siento capaz…

—No salgas de tu habitación. Por mi parte, estoy decidido a dominar mis nervios y a soportar cualquier situación con tal de aclarar esto. Te dejaré a ti en el castillo con los demás y volveré a Cherry para tratar de averiguar algo. Pienso dar un paseo de tres millas, ¿sabes? Dame las llaves de tu «Jaguar» y te lo sacaré del aparcamiento de la policía.

Estrella Farrow no pudo ni contestar.

Había visto el castillo de nuevo al salir de la curva.

Nunca le había parecido tan enorme, tan negro, tan misterioso, tan cargado de leyendas y de sombras.

Por fortuna, Kelly y Elena le estaban esperando.

Ellos la ayudaron a descender del coche. De otro modo no hubiera tenido fuerzas.

Y eso que bajarse de un «Rolls» resulta bastante más cómodo que bajarse del autobús de Oxford Circus…

CAPÍTULO XIII

Al saber lo que había ocurrido a la muchacha en el juzgado de Cherry, todos llegaron a la conclusión de que Richard Farrow estaba en lo cierto. Allí había algo espectral, algo que escapaba a la capacidad de comprensión humana y ante lo que, por tanto, convenía no precipitarse.

Claro que no podían dejar al muerto indefinidamente allí.

Acordaron dos cosas: meterlo en una habitación donde no se le viese y limpiar la sangre. En segundo lugar se decidió que Elena Worcester fuese a la ciudad y, puesto que el domicilio del muerto figuraba en su documento que éste llevaba encima, averiguase quién era realmente y si alguien lo echaba en falta.

Dentro de las circunstancias, parecía una actitud bastante razonable. Luego ya resolverían.

De modo que, en lugar de tío Richard, fue Elena la que se dirigió a pie a la ciudad. El cambio resultó beneficioso, porque ella era mucho más joven e hizo el recorrido más aprisa. Regresó con el «Jaguar» cargado de provisiones para varios días, aunque ninguno de los que estaban en el castillo sentía asomo de apetito.

La asaetearon a preguntas.

Estrella era la más ansiosa.

—¿Quién era en realidad ese hombre?

—Asómbrate.

—No armes líos y contesta. ¿Quién era?

—Un funcionario del juzgado.

—Por lo tanto, compañero de aquella mujer, ¿verdad?

—Sí.

—Y ella, ¿dónde vive, si es que vive en algún sitio que pueda nombrarse?

—En una residencia. Es un sitio bastante apartado y que me ha parecido algo siniestro.

—¿Y el muerto?

—Era soltero. Tenía en Main Street una casita que ahora está cerrada.

—¿Nadie lo ha echado en falta?

—Por lo visto, no.

—¿Y nadie lo busca?

—Me parece que no, que nadie lo busca. Debía ser un tipo algo extraño. Quizá la gente estaba acostumbrada a que, como todos los solterones, hiciera de vez en cuando una escapadita discreta, terminada la cual reaparecía sin llamar la atención. Deben de pensar que ahora sucede lo mismo.

—Y los otros dos de la reunión, ¿quiénes eran?

—No lo sé.

—¿No has podido averiguarlo?

—Ni siquiera los vi. He hecho averiguaciones al azar, dando palos de ciego, pero no se puede pretender tener suerte siempre.

—Entiendo —dijo Estrella Farrow, con desaliento.

—Pero hay otra cosa: ¿Has podido saber por qué se reunieron aquí?

—No, de ninguna manera.

—Total —recapituló Kelly— que lo único que sabemos es una cosa: al parecer disponemos de un margen de tiempo.

—Ya es algo —dijo Elena Worcester.

Tío Richard musitó:

—Propongo un trato.

—¿Cuál?

—No quiero que dentro de veinticuatro horas esté ninguno de nosotros aquí. Esto no me gusta. Mañana por la mañana nos distribuiremos el trabajo e intentaremos averiguar en Cherry todo lo que haya que averiguar, pero antes de la noche nos habremos largado. ¿Entendido?

—Entendido —dijo con entusiasmo Estrella.

Ya estaba harta del castillo.

No podía más.

La sensación de lo inexplicable la ahogaba y le quitaba las fuerzas. Sabía que no iba a poder defenderse en caso de un ataque.

Pero nadie iba a atacarla a ella.

Estrella Farrow no lo sabía.

No sabía que era ella, justamente ella, la pacífica Estrella Farrow, la que desencadenaría la muerte…

CAPÍTULO XIV

Debía ser medianoche y hacía una luna magnífica. El mar estaba quieto, resplandeciente como un lago de plata. No se escuchaba ni un susurro. Si un turista millonario americano de los que buscan emociones en Europa hubiese visto el castillo en aquel momento habría exclamado: «*Magnificent! Wonderful!*».

Y sin embargo, sonaba aquel «tlac, tlac», aquel golpeteo inquietante.

La muchacha se levantó de pronto.

Había podido conciliar un poco el sueño, y de pronto la despertaba aquel ruido. Sonaba muy cerca de su puerta, de modo que le pareció que alguien golpeaba quedamente en el pasillo. Se incorporó y se acercó a la hoja de madera.

Los golpes siguieron.

Eran muy suaves y seguramente no se oían desde ningún punto más, pero ella los captaba perfectamente.

—¿Quién está ahí? —preguntó—. ¿Quién es?

Nadie contestó.

Los golpes continuaron.

Estrella Farrow llegó a pensar que podía tratarse de una ventana mal cerrada. Aunque le hubiera gustado avisar a los otros, no podía hacerlo porque en el castillo no existían los teléfonos interiores. De modo que se armó de valor y decidió ver lo que pasaba. Al fin y al cabo, ella, como todos los demás, necesitaba averiguar algo urgentemente.

Abrió la puerta.

Ésta produjo un leve quejido.

Estrella vio que la luz de la luna lo bañaba todo con una claridad espectral, alucinante, de tal modo que nadie hubiera podido ocultarse en el ancho pasillo. Pero nadie se ocultaba. Nadie estaba allí. Estrella Farrow notó que los golpes habían cesado y se

dio cuenta de que otra vez se enfrentaba a la más espantosa soledad.

Sin embargo, no fue así.

Iba a cerrar cuando los golpes sonaron en otro sitio.

Ahora más abajo.

Daba la sensación de que, desde el vestíbulo, alguien quería hacerle llegar algún mensaje, quería advertirla de un peligro.

La muchacha repasó sus conocimientos de Morse por si podía descifrar aquello, pero los golpes no tenían la menor regularidad. En sí mismos no significaban nada.

Pero existían…

Convencida de que alguien quería transmitirle un mensaje, Estrella Farrow avanzó.

Las escaleras estaban blancas al recibir de lleno la luz de la luna.

Los ojos de la muchacha estaban fijos como los de una muerta.

Había algo extraño en ella, algo que llegaba a inquietar, pese a ser tan joven y tan bonita.

Desde la lejanía parecía llegar una música leve y amarga. O quizá esa música sonaba en el interior de la propia Estrella Farrow. No hubiera podido decirlo. Pero cuando se detuvo de nuevo ante el retrato supo que aquello significaba algo, supo que allí tenía una respuesta que era incapaz de descifrar.

Su madre seguía mirándola desde el fondo del cuadro.

Con sus ojos grandes y profundos.

Con su belleza casi irreal.

Los ojos aún daban más sensación de vida que la primera noche. Parecían hablar, parecían querer decirle algo.

¿Qué misteriosa comunicación hay entre padres e hijos? ¿Qué voces secretas se transmiten a través de la sangre?

¿Por qué ella tuvo la sensación de que su madre, desde el fondo del retrato, quería prevenirla contra algún peligro?

Pero la pintura no podía hablar, y por lo tanto, la muchacha siguió descendiendo las escaleras al cabo de unos minutos. Los sonidos se repetían abajo. Y entonces se dio cuenta… ¡de que ahora venían de la puerta que daba al sótano! ¡Del camino que llevaba a la habitación oblonga!

Un escalofrío de horror recorrió los músculos de Estrella Farrow.

Estuvo a punto de ponerse a chillar como una histérica.

Pero el ansia de saber pudo más que ella. Avanzó hacia aquella puerta que había jurado no atravesar nunca más.

Todo su cuerpo temblaba.

Pero siguió adelante.

Vio que la puerta estaba abierta.

No hubiera debido estarlo.

Parecía como si alguien hubiera pasado por allí muy poco antes.

Venciendo su miedo, Estrella dejó atrás aquella puerta. Se produjo un chirrido enervante. Se enfrentó al silencio cargado de sombras.

Un hachón quemaba junto a una de las paredes.

Alguien lo había puesto allí.

¿Quién?

Estrella no podía contestarse a aquellas preguntas. Sus nervios vibraban. Sus ojos desencajados miraron aquellas llamas que proyectaban luz sobre las escaleras fantasmales.

Empezó a descender.

Oía sólo el roce de sus propios pasos.

Y entonces vio… ¡la puerta de la habitación oblonga!

¡Aquella puerta estaba entornada!

¡Alguien había entrado poco antes por allí!

El frío recorrió de tal modo los huesos de Estrella Farrow que ésta no pudo avanzar un paso más. Pero tragó saliva bruscamente y trató de darse ánimos. Ya que estaba allí tenía que seguir… Seguir… Seguir…

Una voz secreta parecía guiar sus pasos.

Ya no recordaba aquella mirada de su madre, aquella mirada que desde el retrato parecía querer frenarla.

Puso su mano en la puerta.

La empujó…

Se produjo otra vez un chirrido casi irreal, los ojos desencajados de Estrella vieron el escenario de pesadilla que ya habían visto la primera vez.

La habitación de piedra.

Las inmensas telarañas.

El ataúd.

Un ataúd con la tapa levemente alzada… Una tapa que no podía cerrarse del todo… ¡porque por el borde de ésta sobresalía la mano

de una mujer!

CAPÍTULO XV

La garganta de Estrella sufrió un espasmo. Sus ojos desencajados miraron hacia aquella mano. Era suave y fina, pero estaba levemente crispada y flotaba en torno a ella algo siniestro.

No era esto solo.

Los ojos de Estrella parecieron ir a salirse de las órbitas. Su cuerpo se tensó. Seguía mirando como hipnotizada aquella mano, dándose cuenta… ¡de que por sus dedos resbalaban unas gotitas de sangre!

La muchacha se ahogaba.

Tuvo que reunir todo su valor, toda su capacidad de reacción, para dar un paso más hacia adelante. Jamás se hubiera creído capaz de aquello, pero ahora lo hizo. Puso las manos en la tapa y la alzó.

Vio entonces a la mujer que estaba dentro.

Se hallaba casi enteramente desnuda.

Había en ella un erotismo, un atractivo oscuro que parecía llegar desde el fondo de otra época.

Su cuerpo todavía era hermoso. Su piel tenía delicados matices al recibir aquella leve luz que entraba en la habitación oblonga.

Pero Estrella Farrow no se fijó en su cuerpo, sino en su cara. Estrella Farrow vio que era la muchacha del juzgado, vio que era… ¡la propia mujer-vampiro!

Si alguna duda tenía, después de lo visto la noche anterior, esa duda se disipó por completo. Para que nada faltase, la diabólica mujer estaba incluso en el propio ataúd de Drácula. Comprendió entonces algunas cosas incomprensibles. Recordó lo que le habían dicho acerca de que aquel ataúd era para los vampiros una especie de auténtico hogar.

Sencillamente, los Drácula habían vuelto allí.

Y la mujer del ataúd era uno de ellos.

Vivía y trabajaba en Cherry como una persona normal, pero en

realidad estaba allí sólo por una razón: el ataúd. Estaba allí porque aquél era el único lugar del mundo donde podía reencontrar su vieja estirpe.

Todos esos pensamientos se agolparon en la cabeza de Estrella Farrow.

Estaba quieta junto a la pared, aterrada, hipnotizada por completo.

Sin embargo, se daba cuenta del peligro que corría. Ahora la mujer-vampiro estaba dormida, pero podía rehacerse en cualquier momento. De hecho era inevitable que sucediera así. Su respiración se hacía cada vez más fuerte y sus músculos empezaban a moverse un poco, como si lentamente volviera la vida a ella.

Los ojos hipnotizados de Estrella seguían todos y cada uno de aquellos movimientos.

Sabía que cuando la mujer-vampiro despertase… ¡la encontraría allí!

Necesitaba hacer algo desesperadamente, pero no se le ocurría qué. La idea de huir no le servía. Estaba convencida de que no llegaría a subir las gastadas escaleras de piedra porque sus fuerzas no daban para más. Caería sobre ellas y entonces sería aún peor… Tenía que hacer algo más definitivo, tenía que… ¡acabar de una vez!

Sus ojos desencajados vieron entonces algo que no había esperado hallar.

Parecía como si el destino lo hubiera puesto en sus manos.

O como si estuviera allí desde tiempo inmemorial precisamente para una situación como aquélla.

Lo que los ojos de Estrella estaban viendo era un gran clavo como los usados para sujetar las traviesas del ferrocarril, clavo largo y puntiagudo que tenía el aspecto de ser de plata. A su lado se encontraba un mazo también de metal, fuerte y sólido.

Los labios de Estrella temblaron.

Una especie de fuerza ajena guiaba sus movimientos.

Con manos trémulas tomó aquel clavo y la maza. Avanzó como una sonámbula hacia el borde del ataúd.

La mujer-vampiro se estaba rehaciendo.

Casi abría los ojos.

Eso significaba que Estrella no tenía ya un minuto que perder.

Apoyó la punta del clavo en el corazón de la mujer.

En este momento, Estrella no respiraba.

Diríase que no era ella misma.

Una fuerza lejana que venía del fondo de su miedo seguía guiando cada uno de sus movimientos. En este instante no pensaba. Tenía las facciones crispadas. Sus manos casi temblaban en el aire.

Transcurrieron veinte segundos, treinta…

La muchacha no se atrevía a dar el golpe decisivo.

Y en ese momento, la mujer-vampiro… ¡abrió los ojos!

¡La vio!

¡Hubo algo terrible en ella! ¡Hubo una especie de siniestro relampagueo que Estrella no pudo entender!

Pero el miedo ya la había dominado de tal modo que no pudo controlarse. Lanzó un gemido ronco. Durante unas fracciones de segundo pareció como si la auténtica vampiro fuese ella.

Alzó la maza… ¡y golpeó!

¡Golpeó! ¡Golpeó!

La sangre saltó hasta sus dedos.

Estrella Farrow se miró las manos con audaz expresión de horror, con un patetismo que parecía estar más allá de la vida y de la muerte, mientras su aullido de bestia herida se mezclaba al aullido de la mujer del ataúd.

Le había clavado hasta el fondo el clavo de plata.

Se lo había hundido en el corazón…

La mujer, movida por un espasmo incontrolable, había dado una especie de terrible salto, saliendo casi del ataúd. Pero luego había vuelto a su posición inicial. Con los ojos terriblemente desencajados, con las manos crispadas, no había podido arrancarse el clavo hundido hasta el fondo. Unas gotas de sangre —pues había brotado muy poca— resbalaban lentamente.

Estrella Farrow respiró al fin.

El corazón le hacía un daño terrible. Tenía la sensación de que se le iba a parar en cualquier momento.

Pero había escapado de un peligro terrible. Había matado a la mujer-vampiro que era la maldición del Castillo de la Morgue. Había vencido con sus solas manos a la estirpe de Drácula.

Esos pensamientos no le impidieron lanzar un grito de terror. No la tranquilizaron ni mucho menos.

Estaba terriblemente obsesionada por lo que había hecho.

Estaba al borde del *shock*.

Se deslizó como pudo hacia las escaleras y las subió casi a gatas. Así, al borde de sus fuerzas, sin aliento, con la mirada perdida, la encontró Kelly poco después. Kelly debía haber sido el único que había oído sus gritos. La recogió mientras Estrella perdía el sentido, incapaz de resistir más, de pensar más, de sufrir más todavía…

CAPÍTULO XVI

Las dificultades en torno a las personas reunidas allí habían aumentado de una forma insospechada. Kelly, tío Richard, Elena Worcester, John y Estrella se enfrentaban a partir de ahora a una atmósfera de horror donde todo era increíble y, sin embargo, todo era cierto. Después de la muerte de la mujer encerrada en el ataúd, ninguno de ellos dudó —o al menos no lo dijo— de que navegaban ya entre las brumas de una pesadilla.

Reunidos de nuevo bajo las luces lívidas del amanecer, parecían otra vez un lejano coro de fantasmas.

Estaban mortalmente pálidos, sobre todo Estrella.

Kelly era el único que parecía conservar un poco la serenidad.

Después de los hechos ocurridos en la habitación oblonga, después de encontrar Kelly a la muchacha, todos se habían reunido para intentar averiguar qué había detrás de todo aquello.

Pero parecían incapaces de abrir la boca. Fue solamente Estrella la que llegó a balbucir:

—Debo entregarme a la policía.

Y caminó como una sonámbula hacia la puerta. No se dio cuenta de que una mano la detenía. Chocó con el brazo de tío Richard casi sin darse cuenta.

Tío Richard masculló:

—Poco a poco. No quiero que una mujer de mi apellido se vea mezclada en un asunto tan sórdido.

—Olvídate de los apellidos, tío Richard. He matado a una persona y eso acarrea unas consecuencias legales. He de apechugar con ellas.

—Muy honroso, Estrella. Eres una buena ciudadana y quieres que contigo se cumpla la ley. Perfecto. Pero ¿estás segura, absolutamente segura, de que mataste a una persona?

El cuerpo de Estrella tuvo una convulsión.

Con voz que era apenas audible, dijo:

—No, no sería capaz de decir una palabra sobre eso.

—Tú la viste cometer un acto de vampirismo, ¿no? Un acto de vampirismo consistente en un horrible crimen. Yo también lo vi. ¿O es que piensas que estoy ciego? Naturalmente, no me costaría ningún trabajo testimoniar sobre eso en caso necesario.

—Lo sé, tío Richard, pero…

—Déjame terminar. Y conste que aquí no interviene para nada ni apellido ni el orgullo de mi estirpe. Esa mujer, o lo que sea, cometió un crimen y luego apareció en ese ataúd. Apareció en circunstancias tan dramáticas que me parece que no caben dudas, aunque nuestra sociedad moderna no crea en los vampiros. Yo pienso que hiciste bien en acabar con ella del único modo como se puede acabar con los vampiros, muchacha. En realidad no hiciste más que defender tu vida.

—Yo ya no sé ni lo que hice, tío Richard. Verdaderamente no era más que una especie de sonámbula.

—Naturalmente. Por eso opino que no debes presentarte sin más ni más ante la policía, esa estúpida policía de una población miserable como Cherry. Serían capaces de… ¡de cualquier cosa! Hay que reflexionar y encontrar una salida más inteligente.

—¿Una salida más inteligente? ¿Cuál?

Como no sabiendo qué responder, el millonario clavó sus ojos incrédulos en la cara de Elena Worcester.

Ésta había palidecido mucho.

Balbució:

—No me pregunten nada. No sé qué pensar. Además, yo no soy su empleada, señor Farrow. Era empleada de su difunto hermano, pero no hay motivo para que siga aquí. Todo esto me… ¡me destroza por dentro! En consecuencia, usted, su apellido, su estirpe, sus blasones y su dinero se pueden ir al infierno… ¡Yo me marcho de aquí! ¡Y voy en seguida a hablar con la policía!

Se notaba que estaba desencajada y al borde de sus fuerzas Se dirigió hacia la puerta con sus pasos ágiles y elásticos de chica que tiene unas excelentes piernas.

Richard Farrow, el multimillonario, la detuvo.

Pero no lo hizo con tanta delicadeza como con su sobrina.

A la antigua bibliotecaria le largó un guantazo en plena cara que

la hizo temblar. Elena Worcester emitió un gritito y cayó de espaldas sobre un diván, con las piernas alzadas y sin poder controlar su postura, mostrando su elegante combinación de muchacha fina, educada y que gana un buen sueldo para gastarlo en delicadezas de esa clase.

Se llevó una mano a la mejilla dolorida.

Y balbució:

—Canalla…

Estrella Farrow tuvo la sensación de que aquellos dos seres no se entenderían jamás, quizá porque su padre fue una persona muy delicada, casi tímida, y en cambio tío Richard era un individuo de armas tomar. Pero al menos la bofetada consiguió lo que sin duda se había propuesto: arrancar a la exbibliotecaria del ataque de histeria en el que iba a caer en cuestión de segundos.

Kelly intervino entonces para decir:

—Así no resolveremos nada. Propongo que no sigamos discutiendo ahora porque ninguno de nosotros tiene los nervios bien. ¿Tan difícil es volvernos a reunir dentro de un par de horas, cuando nos hayamos calmado un poco?

John, el administrador, gruñó:

—Se trata de dos crímenes…

—Pueden esperar un poco —dijo Kelly, con un humor macabro —. Imagino que los muertos no se impacientarán. Creo que unas tazas de café bien cargado y unas copas de licor nos sentarán bien a todos. ¿Verdad que ayer trajiste provisiones, Elena?

La muchacha, todavía frotándose la mejilla, murmuró:

—Sí. Y entre las provisiones había *brandy*, ginebra y *whisky*.

—Pues yo mismo lo prepararé todo —dijo Kelly—. A veces a los historiadores hasta nos sale un buen café. En cuanto a los demás, será mejor que intentéis tranquilizaros y no os miréis con esa cara.

Lo cierto fue que después de beber se sentían algo más serenos, pero no del todo. Para reflexionar con más calma se repartieron por las diversas habitaciones, en especial la biblioteca. Ahora, de día, no tenían nada que temer…, excepto tal vez que llegase la policía, extrañada de que la mujer del juzgado no hubiese acudido a su trabajo ni estuviera en ningún sitio de la ciudad.

Estrella Farrow subió las escaleras.

Volvía a moverse como una sonámbula.

Lamentaba mil veces aquella macabra decisión, lamentaba el momento en que se decidió a venir al Castillo de la Morgue.

Tenía que haber hecho caso al notario.

Tenía que haber escuchado el último ruego de su padre, un ruego patético formulado poco antes de morir.

Pero ahora ya era tarde para lamentarlo, puesto que no podía evadirse a aquel clima de horror. Subió por las escaleras hacia su dormitorio y entonces volvió a encontrarse con aquello.

Con los ojos de su madre.

Con aquellos bellísimos, extraños e inquietantes ojos que desde el cuadro parecían querer hablarle.

Estrella Farrow la miró como hipnotizada.

No cabía duda de que su madre, a la que apenas recordaba, debía haber sido una mujer bellísima. Tenía esa hermosura casi irreal, delicada, fragante que sólo algunas bellezas inglesas tienen, ya que la piel de las inglesas es particularmente hermosa. No era fácil que el pintor hubiera exagerado, pues algunos detalles no tan perfectos, como por ejemplo los dedos demasiado cortos, estaban recogidos con gran realismo y sin ocultarlos.

La muchacha bajó la cabeza.

Seguía sintiendo el influjo misterioso que se desprendía de aquel cuadro sin que se supiera por qué.

Intuía que allí estaba la increíble solución.

O al menos una parte de ella.

Pero le causaba horror seguir pensando, por lo que ascendió unos peldaños más. Volvió a detenerse entonces mientras pensaba en el extraño fin de su madre.

¿Por qué no sabía dónde estaba su tumba? ¿Por qué su padre, lord Farrow, no permitió que viniese a verla durante su última enfermedad? ¿Tan horrible había sido esa enfermedad? ¿O hubo en ella algo siniestro y secreto?

Los pensamientos de la muchacha volaban.

¿Por qué su padre la había enviado a viajar por las regiones más remotas de Asia precisamente durante aquel tiempo, sin regatear los gastos? ¿Por qué había querido tenerla lejos? ¿Por qué, cuando ella regresó de Oriente, encontró en su cuarto de estudiante de la Universidad de Varsovia aquella sencilla carta que decía: «Tu madre murió la semana pasada y ya nada se puede hacer. Reza por ella»?

Estrella se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta hacerse sangre.

Ahora, vistas las cosas a distancia, no comprendía cómo pudo vivir tan al margen de sus padres. Claro que entre éstos debía existir algo que no marchaba bien, porque tuvieron el máximo interés en mantenerla lejos, pagándole caros estudios, en el extranjero. Y a ella, con su inconsciencia juvenil, le había parecido que aquello era lo más natural del mundo.

Ahora se daba cuenta de que no.

Su madre trataba de decirle desde el fondo del cuadro, desde el fondo de la muerte, lo que en vida no le pudo decir.

Estrella Farrow lo miró una y cien veces.

Pero el cuadro no tenía nada de especial ni parecía guardar ningún secreto. Era un retrato de dama de la alta aristocracia, aquella aristocracia que murió casi enteramente con *sir* Winston Churchill y uno de cuyos últimos representantes era el príncipe de Gales. Una pintura de la Gran Bretaña *demodée* y que ella misma, en el fondo, no comprendía del todo. Al igual que en obras similares, había al fondo un paisaje campesino que estaba pintado con extraordinaria precisión. La casita rústica de una planta que había al fondo era, sobre todo, una maravilla.

Por lo tanto, el artista no la había imaginado.

Era muy posible que hubiese tenido a su modelo en el mismo paisaje donde la situó. Por consiguiente, la casita rústica existía.

La muchacha entrecerró los ojos.

Se acercó un poco más al cuadro.

La firma quedaba muy oscurecida por los colores densos, pero pudo distinguirla: «Christopher Hans». No había fecha, pero en cambio estaba anotado un detalle: «Green Cottage». Es decir, Green Cottage era muy posiblemente el sitio donde el cuadro fue pintado.

Debía ser el nombre de la casita rústica.

La muchacha apretó los labios y tomó una decisión. Estaba dispuesta a llegar por sí misma, adonde fuese con tal de aclarar aquello. Y Green Cottage era un sitio lo bastante bueno como cualquier otro para empezar.

Aprovechando que no había nadie en el vestíbulo, salió del castillo. Tomó su «Jaguar» y rodó al azar por los senderos del bosque. Estaba completamente segura de que el sitio buscado no

podía estar lejos del castillo. Evidentemente, pertenecía aún a las propiedades de los Farrow.

Tardó media hora en encontrarlo.

Tuvo que dar varias vueltas por entre vericuetos y encrucijadas antes de verlo en un claro del bosque. Era un lugar magnífico, pero al mismo tiempo un poco siniestro. Incluso a la luz del día daba un escalofrío verlo.

Estrella Farrow no hubiese resistido llegar a aquel lugar de noche.

Pero ya que estaba allí y no parecía amenazarla ningún peligro, se dirigió hacia el pequeño edificio. Éste ofrecía un aspecto de total abandono, al contrario que el castillo. Las plantas silvestres casi lo tapaban. Las hojas muertas se habían acumulado en su tejado y se pudrían en él. Por las cercanías se veían los rastros de diversas alimañas nocturnas.

Todo aquello resultaba impresionante, en especial por el silencio agobiador que le envolvía.

Pero la muchacha siguió adelante. Empujó la puerta, que estaba deformada por la humedad. Le resultó difícil entrar.

Y entonces lanzó un leve grito. Porque en el interior de la casa los elegantes muebles estaban casi destrozados. Porque había en las paredes que en otro tiempo fueron blancas unos largos regueros de sangre.

CAPÍTULO XVII

Estrella Farrow avanzó como hipnotizada. Todo aquel ambiente de abandono, de hostilidad, tenía algo que la fascinaba. Se dio cuenta de que las manchas de sangre eran muy antiguas y ya formaban parte, por decirlo así, de la misma pared. Se dio cuenta también de que allí, años antes, había tenido lugar una lucha despiadada, brutal, una lucha cuyo sentido no entendía.

Lo miró todo atentamente.

El silencio la agobiaba.

Sus ojos turbios recorrieron aquel ambiente que en otro tiempo debió ser lujoso. Durante años, los muebles no habían sido tocados, porque las manchas de humedad, el polvo y las telarañas lo cubrían enteramente todo. Una segunda pieza mostró a la muchacha una biblioteca con los libros en lamentable estado y un caballete de pintar con una tela de poca calidad apenas empezada. Por diversos detalles de las ropas, del estilo y de la decoración, Estrella Farrow comprendió que aquél debía haber sido una especie de refugio de su madre, algo así como un estudio en plena naturaleza donde ella leía y pintaba. Sin duda le gustaba más descansar allí que en el castillo, donde la atmósfera debía resultar agobiante incluso en los días de sol.

La muchacha volvió a la primera habitación.

Los muebles rotos la obsesionaban. Las manchas de sangre también. ¿Qué había ocurrido allí? ¿Qué oscura tragedia denunciaban aquellos restos no tocados durante años y años?

No podía entenderlo.

Estrella Farrow no comprendía en qué mundo acababa de entrar.

Pero, de pronto, le pareció oír algo. Mejor dicho, estaba segura de que unas ramas acababan de crujir en los linderos de aquel claro del bosque.

Se estremeció.

Sintió que el corazón le latía aceleradamente mientras la sangre parecía circular más aprisa.

Pegada a una de las ventanas, miró sin ser vista.

No se distinguía a nadie.

Sólo tenía ante los ojos el claro del bosque en el que empezaban a flotar unas volutas de niebla.

No supo bien por qué, pero el estremecimiento volvió a recorrerla. Se dio cuenta de que aquel silencio, aquel claro del bosque, aquellos jirones de niebla eran una decoración casi ideal para las apariciones de Drácula.

En cualquier otro momento, ella se hubiera echado a reír.

La inteligente Estrella Farrow no hubiese tenido miedo de una cosa semejante.

Pero después de lo ocurrido, ya no sabía en qué mundo se encontraba. Incluso le pareció como si mil sombras fugitivas se pasearan entre los árboles.

La niebla se espesaba.

Estaba invadiéndolo ya todo de tal manera que apenas era posible ver algo a diez pasos.

El crujido de la rama se repitió.

La muchacha no tuvo la menor duda de que alguien estaba llegando.

Alguien la había seguido. Alguien había querido acorralarla precisamente allí para acabar con ella…

Unos extraños pájaros pasaron ante la ventana. Su graznido largo y lúgubre rompió el silencio. Sus alas negras casi rozaron la cara de la muchacha que asomaba por la ventana. Ella se estremeció de horror.

Y de pronto, fue a volverse.

Porque acababa de oír otra vez el crujido de alguien que se acercaba. Alguien que estaba ya… ¡inmediatamente detrás de ella!

¡Alguien que iba a saltar sobre su espalda! ¡Que la dejaría sin sangre entre aquellas paredes cargadas de silencio!

Trató de girar sobre sus tacones.

Pero ya no pudo.

Unos brazos la rodearon, una mano tapó su boca…

Los ojos de Estrella Farrow se pusieron en blanco.

Y pudo ver confusamente al que la había atacado. Pudo ver al

que estaba tras ella.

Su mirada se clavó desesperadamente en las facciones de Kelly.

CAPÍTULO XVIII

Por un momento, el terror más ciego dominó a Estrella Farrow, porque se dio cuenta de que iba a morir. Se dio cuenta de que el monstruo del Castillo de la Morgue, actuando por el motivo que fuese, era precisamente Kelly.

Pero, inesperadamente, él la soltó. Sus facciones cambiaron en unos segundos. Con una sonrisa que trataba de ser amable, murmuró:

—Por favor, no chilles. Te he tapado la boca sólo para que no gritaras. Puede pasar alguien por aquí.

—¿Qué… qué pretendes?

La muchacha se había apoyado en una de las paredes. Sus rodillas estaban inseguras y no tenían fuerza, pero trataba de conservar la serenidad.

—Buscaba hace tiempo este sitio —dijo Kelly—. Sabía que existía, pero no había dado con él. Al advertir que tú mirabas con tanta atención el cuadro, he comprendido que allí estaba la clave para encontrarlo.

—¿Este sitio? ¿Por qué lo buscabas?

—No olvides que soy el historiador de tu familia —dijo Kelly, mientras le tendía un paquete de cigarrillos que ella no aceptó.

—¿Y eso qué tiene que ver con el sitio donde estamos ahora?

—Mucho. Precisamente aquí está la clave de la muerte de tu madre.

—¿La muerte de mi madre?

Estrella Farrow no acababa de entender aquello, pero se sentía más tranquila. Al menos una idea había penetrado poco a poco en su cerebro: Kelly no pensaba hacerle daño, porque de lo contrario la hubiese atacado ya.

Él encendió un cigarrillo mientras paseaba por entre los restos de los muebles. Su alta figura se recortó a la luz gris tamizada por la

niebla. Sin mirar a Estrella Farrow explicó:

—Supongo que hay bastantes cosas que tú no sabes por razones familiares. Nadie te ha hablado de la muerte de tu madre, ¿verdad?

—Pues…, no.

—¿Verdad que cuando ella murió tú estabas viajando por Extremo Oriente siguiendo instrucciones de tu padre? ¿No es cierto que te hizo residir en países adonde no llegaban los periódicos occidentales?

—Desde luego que es cierto, pero ¿qué importancia tiene eso? ¿O es que actuó con plena intención?

—Sí —dijo Kelly, secamente.

—¿Para qué?

—Para que no tuvieras noticias de que tu madre era una asesina.

Otra vez la muchacha se estremeció. Otra vez sintió que sus rodillas temblaban. ¿Su madre una asesina? Pero ¿qué significaba aquello? ¿Significaba tal vez que… la habían acusado de vampirismo?

Eso explicaría muchas cosas, entre ellas la antipatía de la ciudad de Cherry.

Pero el mismo horror de aquella idea le impedía ir más allá, le impedía pensar. Vio que los ojos de Kelly se nublaban un momento, al decir:

—Sí. Tu madre fue una asesina. Mató a hachazos a dos hombres.

—¿A… hachazos?

El pensamiento macabro no acababa de entrar en el universo mental de la muchacha. Necesitó apoyarse de nuevo en la pared, como si se tambaleara.

—Sí —dijo Kelly, suavemente—. Fueron dos muertes sanguinarias y absolutamente inexplicables, puesto que los dos hombres muertos eran trabajadores de las cercanías que tenían buena fama. Hace años, cuando eso ocurrió, estaba vigente la pena capital en Inglaterra. Lo sabes, ¿no?

—Pues claro…

—La ley inglesa nunca ha sido muy respetuosa con las circunstancias atenuantes. Ahora está cambiando un poco, pero hasta hace unos años se juzgaba el hecho por el hecho en sí, teniendo muy poco en cuenta las circunstancias que hubieran podido motivar el crimen. Por ejemplo, si tú matabas al que había

atropellado a tu hijo, la ley no pensaba que podías estar obcecado y que eso te disculpaba en parte. La ley sólo pensaba que tú habías matado a un hombre.

—Lo sé —dijo la muchacha—. He leído bastante sobre eso. Pero ¿qué tiene qué ver con mi madre?

—Tu madre sabía que las circunstancias atenuantes le iban a servir de poco. Y por orgullo no las invocó.

—¿Es que la juzgaron por los dos crímenes?

—Naturalmente.

—¿Y la condenaron a muerte?

—Sí.

—¿Y por qué no invocó circunstancias atenuantes?

—Ya te he dicho que por orgullo. Ella era una gran dama. No quería humillarse explicando según qué cosas.

—¿Qué… qué cosas?

—Yo las imaginé desde el primer momento estudiando la historia de la familia —susurró Kelly—, pero no he tenido confirmación hasta encontrar esto. Aquí es donde se desarrolló el drama.

—¿La muerte a hachazos de aquellos dos hombres?

—Ah, no… Precisamente lo que motivó el que tu madre tomase aquella desesperada decisión.

—¿Por qué la tomó? ¿Qué pasó aquí?

Kelly paseó su mirada por los muebles rotos, por las lejanas manchas de sangre, y susurró:

—Esto no ha sido tocado desde aquel tiempo. Tu padre lo hizo cerrar y prácticamente había sido olvidado hasta ahora.

—Pero ¿qué pasó aquí? ¡Habla de una vez, maldito seas! ¡Habla!

—No me gusta mencionar eso, pero tu madre fue salvajemente violada en este mismo lugar por aquellos dos hombres —dijo Kelly, con voz opaca—. Ella era entonces una mujer de gran belleza, una de las damas más hermosas de Inglaterra. Venía aquí con gran frecuencia a leer y pintar, sin ninguna desconfianza, puesto que estaba en sus dominios. Los dos hombres que un día habían de perpetrar el salvaje ataque pasaban con frecuencia por aquí. Supongo que no se atrevían ni a mirarla. Pero cierta vez pasó la idea maldita por sus cerebros y la pusieron en práctica. Como ves, la cosa no debió resultarles fácil. Tu madre luchó con todas sus

fuerzas.

Estrella Farrow estaba aterrada.

No veía qué relación podía tener aquello con el caso de los vampiros, pero lo cierto fue que llegó a olvidarse incluso de los crímenes anteriores. Por su mente obsesionada desfilaron solamente las imágenes de lo que debió ocurrir allí. Hubo de llevarse los dedos a la boca mientras balbucía apenas con un soplo de voz:

—Dios santo…

—Pero no presentó denuncia —dijo Kelly, suavemente—. En todos los documentos que he examinado no figura ninguna declaración en ese sentido, lo que interpreto de la siguiente manera: tu madre era lo bastante orgullosa para no admitir jamás que dos hombres la hubieran ultrajado. No quería envolver tampoco en comentarios más o menos penosos a su marido, lord Farrow. Por lo tanto, se quiso vengar a su manera: quiso arreglar el asunto como lo hubiese arreglado una auténtica dama de la Edad Media.

—¿Y mató a aquellos dos hombres?

—Sí. Sin piedad y de una forma horrible. Les tendió una trampa a base de hacerles creer que la cosa no le había disgustado tanto, al fin y al cabo, y que quizá les daría otra oportunidad. Entonces los liquidó. Pero como no tenía la astucia de un verdadero asesino, fue relativamente fácil encontrar pruebas contra ella. Su proceso se celebró en la ciudad de Cherry en parte, y en parte en la capital del condado, pero el jurado estuvo formado por ciudadanos de Cherry exclusivamente. Fue condenada a muerte por doble asesinato en primer grado.

Estrella se humedeció los labios con la lengua.

Le costaba hablar.

Tuvo que hacer un esfuerzo para decir, con un hilo de voz:

—¿Pero ella no alegó lo que había pasado anteriormente?

—No. No quiso admitirlo jamás por orgullo. Esas cosas quizá no acaben de entenderse hoy del todo, pero en otro tiempo eran importantes. Y tu madre era una gran dama, de eso no cabe duda. Para ella, muchas cosas estaban por encima de su propia vida; entre estas cosas figuraba el prestigio de tu padre.

—¿Mi padre lo sabía?

—Claro. Y pudo defenderla diciendo él mismo lo que había pasado, pero tampoco lo hizo. Yo creo que se comportó como un

cobarde. Prefirió su falso honor a la vida de su mujer. En lugar de hablar —aunque las circunstancias atenuantes quizá hubieran servido de poco— permitió que ella fuese condenada.

Estrella Farrow había necesitado llevarse de nuevo las manos a los labios y a los ojos.

Estaba aterrorizada.

Su padre se le apareció de pronto bajo una luz distinta. Una luz más sombría, más mezquina. Los dientes de la muchacha chirriaron bruscamente.

—Toma ahora un cigarrillo —bisbiseó Kelly—. Te sentará bien.

Estrella lo aceptó. Era tal su excitación que casi lo partió con los dientes.

Al cabo de algunos instantes, Kelly dijo con voz que nada tenía de alegre:

—En fin, tu madre fue condenada y ejecutada en Londres. Tu padre consiguió con sus influencias que la Prensa no dedicara demasiado espacio a aquel asunto, pero aun así, produjo un verdadero revuelo en el público británico. Por fortuna, tú tardaste aún más de dos años en regresar.

—Nadie me habló de eso.

—Era natural, en cierto modo. Las amistades de tu padre sabían que no tenían que hacerlo. Las personas de buen gusto con quien te relacionabas tuvieron la educación y cortesía de no mencionar jamás una cosa así. Por otra parte, tú siempre has sido una chica solitaria y sin amistades. Con el tiempo, la gente llegó a considerar a tu madre como una enferma que había sufrido una especie de arrebato, una enferma de esas a las que hoy no se condenaría. En cambio, los habitantes de Cherry, por lo que he visto, guardan aún el impacto de aquellos crímenes. Ellos siguen considerando a tu madre como una asesina.

Estrella había dejado caer el cigarrillo.

No podía ni sostenerlo en sus labios.

Bisbiseó:

—Tengo que marcharme de aquí.

—Pero ¿cómo? Se han cometido dos muertes, de una de las cuales eres tú responsable directa.

—O sea, que he seguido el mismo camino que mi madre.

—Puede parecer una maldición, pero así es, efectivamente.

Ella inclinó la cabeza. De repente se dio cuenta de que no podía más. La habitación, los muebles, las lejanas manchas de sangre daban vueltas y más vueltas ante sus ojos consternados.

Cayó de rodillas.

Lanzó un gemido.

Y se hubiera dado de bruces contra el suelo de no haberla acogido Kelly en sus brazos. Unos músculos fuertes y poderosos la acogieron. Unos labios casi rozaron sus sienes.

A los dos les envolvió el silencio mientras él la sacaba en brazos de la casa. A los dos les envolvió la misma oscura sensación de muerte.

CAPÍTULO XIX

Cuando Kelly regresó al Castillo de la Morgue con la muchacha, ésta aún no había recobrado el conocimiento. Pese a su envidiable fortaleza física, los últimos sucesos habían podido más que ella. El joven la sacó del «Jaguar», y siempre en brazos, la introdujo en el siniestro vestíbulo donde ahora estaban tío Richard, el administrador John y Elena Worcester.

Fue tío Richard el que musitó:

—Pero… pero ¿qué ha pasado?

—Ella ha descubierto un sitio que usted sin duda conoce, señor Farrow.

—¿Qué sitio?

—Me refiero a Green Cottage.

Los ojos del millonario se ensombrecieron un momento. En sus distinguidas manos hubo un suave temblor.

—Ése es un rudo golpe para todos nosotros —balbució—. Nunca creí que Estrella llegara a descubrir ese punto negro de la historia de nuestra familia.

Kelly, siempre llevando a la exánime muchacha en sus poderosos brazos, la subió a su habitación, tendiéndola en el lecho. Luego los sacó a todos de allí mientras musitaba:

—Déjenla. Lo que necesita es descansar… Y a propósito de su comentario, señor Farrow. Su mentalidad es la de un hombre del siglo pasado, cosa que respeto. Pero ya era hora de que esa pobre muchacha se enterara de cosas que nunca debió ignorar. Más vale que lo haya sabido de este modo que no por medio de alguna maledicencia.

Richard Farrow asintió pesadamente.

Sin duda no le gustaba aquella conversación.

Pero mientras descendían las escaleras de piedra, dijo con voz ronca:

—Compréndalo. Yo respeto mucho la memoria de mi cuñada. Aparte de ser una mujer bellísima, tuvo siempre un extraordinario carácter.

—Puede usted opinar lo que quiera, señor Farrow, pero no se pueden basar siempre las cosas en una mentira, sobre todo, tratándose de la propia hija de aquella mujer. Supongo que el difunto lord Farrow pensaba lo mismo que usted, ¿no?

—Exactamente. Por eso no quería que su hija viniera aquí. Temía que llegara a descubrir la verdad.

—Ésa fue la razón de que le incitara a vender el castillo, ¿verdad? Ésa fue la auténtica razón de sus instrucciones al notario… Nada de miedo a causa del ataúd de Drácula.

—¿Miedo? —Gruñó tío Richard—. ¿Por qué? Estos muebles son, en efecto, legítimos de Transilvania, y hasta puede que el ataúd perteneciera realmente a la familia del conde Drácula. Mi hermano se pirraba por esas cosas cuando tenía dinero para derrochar. Pero ¿por qué razón habría que sentir miedo? No, amigo mío. Simplemente mi hermano quería que su hija no viniera nunca aquí, y así no descubriera lo que de todos modos ha acabado por descubrir.

Kelly se mordió el labio inferior.

Ya estaban en el vestíbulo, rodeados por la niebla que envolvía el castillo. El rumor de las olas se escuchaba lejanamente. El joven se volvió a sentir apresado por aquella atmósfera misteriosa, obsesionante, que en determinados momentos no le dejaba ni pensar.

—Sin embargo —dijo—, algo hay en ese ataúd que hace estremecer. Algo que su hermano lord Farrow no adivinó ni en el momento de morir. ¿Cree que es casualidad todo lo que ha ocurrido aquí? ¿Piensa que no hay que atribuirlo a un poder maléfico?

—Eso no lo sabremos nunca —dijo Richard Farrow, cerrando los ojos—. No lo sabremos nunca…

Sus facciones se habían contraído.

Su boca estaba crispada en una mueca.

Porque él también parecía tener miedo. Porque él también parecía sentir la presencia, el aleteo de la muerte, a pesar de todo lo que había dicho.

La niebla les envolvía cada vez más.

Y entre ella flotaban mil caras, mil muecas, mil misterios que no podrían ser desentrañados nunca.

Mientras, en el fondo del castillo reposaba el ataúd traído desde las lejanas tierras de Drácula.

CAPÍTULO XX

La muchacha recobró el conocimiento poco después de anochecer. Su *shock* había sido tan profundo que toda su resistencia física se había desmoronado por completo. Cuando abrió los ojos, una terrible sensación de debilidad la dominaba. Vio que estaba en su propia cama y que a través de las ventanas no se filtraba apenas un rayo de luz. Vio también que la niebla seguía envolviéndolo todo.

Se frotó los ojos.

Todo resultaba incierto para ella, como si siguiera soñando.

El silencio más absoluto imperaba en el Castillo de la Morgue.

Hasta por un momento temió que la hubieran dejado sola, abandonándola a su suerte. Pero en seguida se tranquilizó porque pensó que eso era imposible. No se hubieran atrevido jamás a hacer con ella una cosa así.

Sus manos palparon maquinalmente la colcha sobre la cual estaba tendida.

Y de pronto, aquellos dedos temblaron.

No lo comprendió.

Acababa de rozar algo metálico.

Volvió la cabeza para mirarlo y pudo darse cuenta de que se trataba de un cuchillo antiguo, una preciosa pieza de mango adornado con piedras y afilada hoja. Era un arma peligrosa, pero lo que no comprendía era quién la había puesto allí.

De pronto, suspiró.

Acarició aquel arma con sus dedos trémulos.

Sin duda se trataba de una idea de Kelly para que ella no estuviera indefensa. Así, con un arma a su lado, podría vencer el miedo. Fue a saltar de la cama y vio que la falda se le había alzado hasta la parte más superior de los muslos. Eso no le importó, porque al fin y al cabo estaba sola.

¿Sola?

De pronto, todo su cuerpo sufrió una convulsión.

¿Sola?

Entonces, ¿qué hacía aquel hombre allí? ¿Qué hacían aquellos ojos saltones que miraban la blancura de sus muslos? ¿Qué hacía aquella boca entreabierta en una mueca de odio y de admiración a la vez? ¿Qué hacían aquellas manos que se tendían hacia su cuerpo?

Estrella Farrow gimió de horror.

Porque acababa, además, de reconocer a aquel hombre. Porque era una de las cuatro personas que se habían reunido en su casa. Porque era uno de… ¡de los que estuvieron con la mujer-vampiro en el Castillo de la Morgue!

CAPÍTULO XXI

Toda aquella situación podía parecer inexplicable para Estrella Farrow, pero no tenía más remedio que admitirla. Era una realidad. Aquel hombre existía y se acercaba a ella. La mirada de odio y de deseo la envolvía. Las manos crispadas se acercaban a su cuerpo.

—¡Maldita! —Silabeó su voz—. ¡Tú mataste a Sylvie, pequeña zorra! ¡Tú has sido tan puerca como tu madre! ¡Pero esto no va a quedar así! ¡Al igual que ella, tú pagarás tu crimen!

Una de aquellas manos la sujetó brutalmente.

Tiró de su vestido.

Lo desgarró.

Los pensamientos penetraban como fogonazos en el cerebro de Estrella Farrow, dejándola medio aturdida. Se daba cuenta confusamente de que la tal Sylvie debía ser la mujer-vampiro. Pero también se daba cuenta de algo más: de que aquel hombre pensaba ultrajarla. ¡Pensaba hacer con ella lo mismo que hicieron con su madre años antes!

No pensó que aquellos gestos llenos de violencia tenían un doble significado: aquel hombre podía estar buscando su cuerpo, pero también podía tratar simplemente en inmovilizarla para llevarla a algún sitio detenida. No en vano la había acusado de asesinato. Estrella Farrow, en circunstancias normales, se hubiera dado cuenta de eso.

Pero las circunstancias no eran normales para ella. Estaba tan aturdida que sólo pensó en la primera posibilidad. Se vio allí como su madre se había visto tiempo atrás. Le pareció que aquellas manos buscaban su secreto, que la acariciaban febrilmente.

Un violento asco la dominó.

Asco y miedo.

El recuerdo de lo que su madre debió pasar hizo que todos sus músculos se tensaran. Hizo que un pensamiento desesperado pasara

por ella.

Tenía que defenderse. Tenía que hacer lo que fuera. Tenía que…

Sus dedos corrían febrilmente por la colcha.

Palparon el cuchillo que alguien había dejado allí. De una forma maquinal, sin que su voluntad interviniera en ello, lo sujetó con fuerza. Mientras tanto, todo su cuerpo se convulsionaba.

—¡Déjeme! —masculló—. ¡Suélteme, cerdo!

Pero el hombre no le hizo caso. Parecía dominado por el odio. Cayó sobre ella, no para ultrajarla, sino para inmovilizarla y poder sujetarla mejor.

Los ojos de la muchacha estaban nublados.

Sólo veían una escena patética ocurrida años antes, una escena en la que intervenía su madre.

La angustia de aquella mujer ya muerta pareció transmitirse a ella.

Todos sus músculos se tensaron.

No se dio cuenta de lo que hacía.

Pero levantó el cuchillo sobre su cabeza. Y sobre la espalda de aquel hombre. Y lo dejó brutalmente caer.

Le hundió entre las costillas del que le atacaba.

Una vez…

¡Y otra!

¡Y otra!

Todos los pensamientos de la muchacha parecían hundidos, ahogados en un baño de sangre cuando se dejó caer al suelo para no sentir más el contacto del cadáver. Con una mueca de horror, de asco, quizá de locura, gateó hasta la puerta. De su garganta escapó un gemido ronco.

Y entonces ocurrió aquella cosa increíble.

Absurda.

Alguien aplaudió desde la puerta, entre el silencio que imperaba en el Castillo de la Morgue.

Alguien aplaudió el crimen que Estrella Farrow acababa de cometer.

CAPÍTULO XXII

Caída en tierra, destrozada, sintiendo que el llanto resbalaba por sus mejillas, la muchacha miró hacia arriba. Miró hacia la puerta del dormitorio, donde aquellos aplausos sonaban todavía.

Y entonces, por si no le habían ocurrido bastantes cosas inexplicables desde que aquella satánica aventura empezó, le ocurrió lo más inexplicable de todo. Entonces vio que el que aplaudía era… ¡era tío Richard! ¡Era él quien entraba en el dormitorio, acompañado de Elena Worcester!

Algo había cambiado en los dos, sobre todo en Elena Worcester. Ahora ella había dejado de ser la señorita distinguida, la exbibliotecaria tímida, para convertirse en una mujer atractiva, opulenta, casi lúbrica, que andaba cadenciosamente. Palpitaba en ella una intensa fuerza sexual, una fuerza que estaba destinada sin duda al hombre que la acompañaba ahora. Estaba destinada a tío Richard, que después de aplaudir la enlazó por la cintura y acarició con gesto de amo sus líneas opulentas.

—Muy bien —dijo él, con suavidad—. Perfecto, Estrella. Lo has hecho como yo quería. Lo has hecho tan bien como cuando liquidaste a aquella zorra del ataúd.

La muchacha estaba completamente aterrorizada.

No podía ni hablar.

Tan sólo una especie de estertor partía de su garganta.

—Voy a acusarte oficialmente de los dos crímenes —dijo tío Richard, con la mayor tranquilidad—. No podrás negarlos.

—¿Por qué? —Logró balbucir Estrella, con una voz que no parecía humana—. ¿Por dinero?

—Oh, no —dijo elegantemente Richard Farrow—. ¿Dinero? ¡Qué tontería! Tengo demasiado, tanto que he podido cubrir de oro a mi amiguita, Elena Worcester, y he podido pagarle espléndidamente para que colaborara conmigo. No he obrado por

dinero, sino por venganza.

—¿Venganza?

Otra vez los pensamientos se atropellaban en la mente de la muchacha. Otra vez era incapaz de hablar.

—Puede que tú también quieras acusarme ante la policía, pero no importa porque nadie te creerá —dijo tranquilamente Richard Farrow—. Acabo de hablar de venganza y no he mentido, muñeca. Efectivamente, quizá ha llegado el momento de que sepas que tu madre fue el verdadero, el más absorbente, el más apasionante amor de mi vida.

El rencor se había puesto a brillar de repente en sus ojos. Ya no era un distinguido caballero, un envidiado multimillonario, sino un hombre cargado de recelos, de odios, de pequeñas miserias. Clavando su mirada hostil en la muchacha, continuó:

—Sí, ella fue el gran amor de mi vida. Pero la muy imbécil prefirió a tu padre, tu padre que no supo hacerla feliz y, además, en el momento supremo, no supo defenderla. Si yo llego a saber lo que sucedió, lo hubiese hecho, hubiera hablado ante el tribunal, pero me enteré demasiado tarde. Cuando lo supe, mi odio creció hasta hacerse incontenible. Decidí que tu padre, por su cobardía, tenía que pagar.

—Pero… pero él murió de muerte natural…

—Tonterías, preciosa. Lo envenené. Nunca pudo sospecharlo, pero lo envenené yo mismo.

—Eso que dices es… es monstruoso… Además, lo hubieran descubierto…

—Cierto —dijo calmosamente Richard Farrow—. Los venenos son facilísimos de descubrir, incluso años después de la muerte, mediante un examen del cadáver. Siempre cabía el peligro de una autopsia, de una sospecha, de una inhumación… Por eso provoqué aquel incendio.

—¿Tú?

La garganta de la muchacha seguía rota. Sus ojos desencajados no miraban realmente a ningún sitio.

—Claro —dijo él, siempre con aquella odiosa naturalidad—. Elemental, ¿no? El incendio destruiría hasta los restos. Pero como no quería que me acusaran, lo provoqué estando incluso fuera de la casa, mediante un pájaro nocturno, un murciélago que tenía su nido

en la misma y al que envié desde un edificio frontero con una tea ardiendo entre las patas… No olvides que en aquel momento estaba velando el cadáver Elena Worcester. Ella ha actuado siempre por dinero, pero lo ha hecho muy bien. Dejó caer las cortinillas incendiadas sobre el cadáver y no dio la voz de alarma hasta que fue demasiado tarde. Todo resultó perfecto.

Estrella Farrow sentía que la angustia la ahogaba. No podía ponerse en pie.

Todo estaba envuelto en sombras que la estrangulaban, que la hundían cada vez más…

—Pero lo de aquí… —balbució—. ¿Qué sentido tiene lo de aquí?

—En primer lugar —dijo Richard Farrow, con la misma odiosa tranquilidad—, debes saber que las cuatro personas reunidas aquí formaban parte del jurado que condenó a muerte a tu madre. Podían hacerlo porque este castillo fue atribuido al municipio de Cherry para pagar las costas del juicio. De todos modos, aún no habían tomado posesión y legalmente es tuyo, pero se reunían aquí para tratar asuntos municipales, ya que todos eran funcionarios. Uno de ellos murió de un ataque cardíaco en el castillo y el entierro salió de entre estos muros. Vosotros llegasteis a verlo.

La muchacha se estremeció ante el recuerdo.

Dijo penosamente:

—Pero sigue sin tener sentido lo que ocurrió.

—Claro que lo tiene, pequeña estúpida, claro que lo tiene. Al saber que venías al castillo, yo había preparado un poco las cosas la noche antes. Por ejemplo, las telarañas que hay en la puerta de la habitación oblonga, para dar la sensación de que no había sido abierta en muchos años, son de plástico y no naturales, ya que las naturales tuve que retirarlas. Una experta en química como tú lo hubiera notado caso de no llevar tanto miedo encima. Aguardé en el ataúd con la cara tapada por la capa y esperé a que bajases, pues estaba seguro de que te impulsaría la curiosidad. Mi aparición en plan de conde Drácula fue perfecta, ¿no? Con eso te convenciste de que el vampiro existía…

—Y Elena me esperaba en las escaleras cuando hui despavorida. Todo estaba muy bien combinado, ¿no?

En la voz de la muchacha no palpitaba el miedo ni el rencor, sino el asombro.

Richard Farrow continuó, imperturbable:

—Lo otro ya fue más espectacular y también más arriesgado. Aproveché una reunión de aquellos cuatro canallas de los que quería vengarme por haber sido miembros del jurado que condenó a tu madre, y lo dispuse todo para que Elena acuchillara por la nuca a uno de ellos, delante de tus ojos. Eso me ha costado una fortuna en metálico, pero salió bien. Cometiendo un crimen, lográbamos que tú cometieras los otros.

—¿Yo?

—Claro que sí, muñeca, claro que sí… Entre las sombras del castillo, Elena pudo parecerte muy bien una de las mujeres que habías visto antes. Se había disfrazado y maquillado convenientemente, como es natural. Cuando tú encontraste a la asesina en el juzgado, el impacto moral fue terrible. Sólo me faltaba hacerla venir aquí con la excusa de que deseaba detallarle unas importantes declaraciones en privado, sobre la extraña desaparición de aquel funcionario. La narcoticé con la ayuda de Elena y le introduje en el ataúd. El resto resultó sencillo: llamar tu atención mediante unos golpecitos para que bajases a la cripta y la encontraras en el ataúd maldito cuando ella empezaba a recuperarse un poco. Como es lógico, había puesto a tu alcance el arma mortífera. Sabía que reaccionarías de ese modo porque estabas aterrorizada. Como lo has hecho hace muy poco, con ese otro individuo. He calculado que reaccionarías igual que hubiera reaccionado tu madre, y no me he equivocado ni en un pelo. Teniendo un cuchillo a tu lado lo utilizarías. Yo lo había puesto.

—Dijimos a ese hombre —dijo Elena Worcester, abriendo los labios por primera vez— que eras la culpable. Quiso detenerte y… Pero ¿para qué seguir? Vamos a denunciar a esa golfa a la policía antes de que vuelva Kelly. A ese historiador de los demonios lo hemos enviado a Cherry con la excusa de que comprara los periódicos de la noche. Hay que darse prisa y tenerla encerrada en un sitio de donde no pueda huir.

—La cripta —dijo, riendo, el hombre—. La propia cripta que tanto miedo le daba. De allí no podrá salir hasta que regresemos con la policía. Nadie la oirá gritar tampoco. Cuando la detengan, ya los expertos habrán comprobado que este cuchillo, lo mismo que el clavo de plata y el mazo, están repletos de sus huellas. Aunque nos

acuse, nadie la creerá. Pensarán que está mucho más loca que lo estuvo su madre… ¡Abajo con ella! ¡No hay que perder tiempo!

Entre los dos la sujetaron por los brazos brutalmente.

Tiraron de ella.

En otro momento quizá Estrella Farrow hubiera resistido, porque era joven y vigorosa, pero ahora no pudo hacerlo. Ni quiso tampoco. Sentía un asco invencible, una angustia de vivir, un ansia insoportable de evadirse de aquel mundo cargado de miserias. Para ella la muerte tomó bruscamente la apariencia de una brutal liberación.

Notó que seguían tirando de ella.

La arrastraban por el suelo.

—¡Abajo!

Rodó por las escaleras. La habían hecho saltar como un fardo. La muchacha, con los ojos en blanco, sintiendo que le dolían todos los huesos, rodó bajo el retrato de su madre.

Hubiese jurado que aquellos ojos se movían. Que la miraban con clemencia.

Pero nada más.

No puede pedirse ayuda a los que están más allá de la muerte.

—Si mi hermano, desde el otro mundo, se entera de esto, también sufrirá —masculló Richard Farrow—. ¡Se lo merece!

Estrella gimió.

Estaba ante la puerta que llevaba a la cripta.

Aquella puerta tétrica, siniestra, cargada de sombras.

Alguien la abrió. Fue empujada también escaleras abajo.

Todos los huesos le dolían. No podía ni chillar.

Sus dos verdugos estaban ya junto a ella. Se movían con rapidez de serpientes. La volvieron a empujar y la arrinconaron junto al ataúd.

—Ahí estarás bien —dijo Richard Farrow—. Ahí te encontrará la policía, si no te has muerto de miedo antes.

La muchacha lanzó un ronco gemido.

Morirse de miedo…

Sabía que eso no era absurdo. Sabía que ella no iba a poder resistir el pánico al encontrarse sola allí, pues pese a todo seguía creyendo en algo sobrenatural.

Volvió a gemir.

Los ecos se perdieron inútilmente en la gran cripta de piedra.

Sus dos verdugos se dispusieron a cerrar la puerta. Fueron a alejarse de allí. El asunto estaba concluido.

Pero de pronto se produjo como un chirrido en sus gargantas.

De pronto, sus ojos se desorbitaron.

De pronto, quedaron quietos, petrificados los dos.

Porque la tapa del ataúd se movía.

¡Se estaba alzando!

Y alguien… ¡alguien salía de él!

CAPÍTULO XXIII

La lejana voz del difunto Farrow pareció oírse entonces en aquella cripta del horror. La voz pidiendo a Estrella que nunca se acercase allí. Las remotas palabras suplicándole que no se enfrentara a lo desconocido.

Porque una figura negra surgía del ataúd.

Envuelta en una bruma de muerte.

Una figura alta, siniestra, cubierta casi enteramente por una capa que sólo dejaba ver los ojos profundos e hipnóticos.

Estrella Farrow la miraba como hipnotizada.

De pronto se daba cuenta de la terrible realidad de la leyenda.

De pronto, comprendía que su padre tuvo razón. Que aquél era el auténtico, el siniestro ataúd del conde Drácula.

La figura negra avanzó.

Su mano enguantada se dirigió hacia la garganta de Richard Farrow.

Los músculos de éste se tensaron. La sensación de lo increíble asomó a sus ojos que se habían vuelto blancos. Las manos se agarrotaron junto al corazón.

—No… No puede ser —balbució—. No puede ser…

Sus rodillas temblaron.

Ya no era un hombre joven, ni mucho menos.

Su corazón no podía resistir aquellas sacudidas. El miedo que flotaba en el aire lo paralizó. Una especie de viento de ultratumba sacudió sus nervios.

Aquellos dedos se crisparon angustiosamente.

Patéticamente.

—No —fue lo único que pudo barbotar.

Y cayó de bruces a tierra. Su cara estaba espantosamente blanca cuando chocó contra el ataúd. La muchacha no necesitó más que una mirada para darse cuenta de que el síncope había acabado con

él.

Elena Worcester se había apoyado en la pared para no caer.

También ella estaba materialmente destrozada por el miedo.

Pero era más joven y resistió. Resistió lo mismo que Estrella Farrow, la cual miraba con ojos obsesionados al vampiro, sabiendo que aquello significaba también el fin de las dos. Estaba segura de que acabaría con ella, igual que con Elena Worcester.

Fue a chillar, pero no pudo.

Sólo una especie de estertor salió de sus labios.

La figura negra avanzaba hacia ella.

Su mano se tendió un poco más…

Y entonces la capa cayó al suelo. Entonces vio Estrella lo que estaba debajo de aquellos ojos quietos e hipnóticos, profundamente maquillados. Entonces vio el cuerpo y la cara del propio Kelly.

La muchacha sólo pudo decir:

—Dios mío…

Kelly la ayudó a incorporarse. Hizo salir también a la derrotada Elena Worcester, una mujer que no tenía fuerzas ni para dar dos pasos seguidos. Mucho menos tendría fuerzas para huir.

—He fingido que les obedecía e iba a Cherry a comprar los periódicos de la noche —murmuró Kelly—, pero en realidad me he quedado cerca del castillo. Lástima que hasta los últimos momentos no haya imaginado de verdad lo que ocurría. Lástima que no haya podido intervenir antes.

—No te preocupes —dijo la muchacha, con un hilo de voz—. Lo has hecho a… a tiempo.

—Conduciremos a Elena Worcester a la estación de policía. Ella es el testigo indispensable que lo aclarará todo. Y después de aclararlo me temo que le cuelguen algo muy parecido a la cadena perpetua.

La sacó de allí. Sus dedos acariciaron las mejillas de la muchacha.

Ésta se estremeció de nuevo.

De pronto, todo le parecía distinto.

Hasta la luz, hasta las paredes, hasta la niebla…

Los dedos de Kelly seguían acariciando sus mejillas, en un ferviente deseo de animarla y ayudarla a recuperarse.

Ella pudo esbozar una tímida sonrisa.

Unos momentos antes había tenido un miedo atroz ante aquellas manos que avanzaban hacia la garganta de Richard Farrow. Y casi hasta la suya.

Pero ahora aquel contacto la tranquilizaba, la volvía a la vida. Ahora ya no volvería a tener miedo de los dedos de Drácula.

F I N



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.